

S
S
SERVICIO SECRETO

B
B



HERMANDAD SINIESTRA

donald curtis

HERMANDAD SINIESTRA

DEPÓSITO LEGAL B 9345 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© DONALD CURTIS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1983

N. R. 2602/63

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

724. — Aprieta ese gatillo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

595. — Funeral.

En Colección BÚFALO:

417. — Duelo de «Colt».

En Colección TEXAS:

205. — El revólver es mi ley.

En Colección CALIFORNIA:

250. — Los que nos olvidan.

En Colección COLORADO:

128. — Buitres sobre Texas.

En Colección KANSAS:

7. — «Doctor Colt».

En Colección ASES DEL OESTE:

198. — Un revólver para ti.

En Colección PUNTO ROJO:

62. — Póker de muerte.

Hermanidad SINIESTRA

por DONALD CURTIS



Capítulo Primero SENTENCIADO

Estaba sentenciado. Y lo sabía.

Tenía que morir. Ahora luchaba por evitarlo. Pero íntimamente, sabía que existían noventa y ocho probabilidades contra dos, muy escasas y problemáticas, de que tal empeño terminase en la nada. En la misma muerte que pugnaba ahora por eludir con todas sus fuerzas, rabiosa y desesperadamente.

Lemmy Hawks sabía hasta dónde podía llegar en su empeño. Todo dependía estrictamente de que, en realidad, le dejaran llegar hasta allí. «Ellos» no parecían existir siquiera. No se veía a nadie en derredor, nadie le miraba con expresión hostil o amenazadora entre los ciudadanos con los que se cruzaba. Pero él sabía que todo eso era falso. Tan falso como la paz de la ciudad. La ciudad que ahora quería abandonar a toda costa. A cualquier precio... que no fuera su vida. Y si ese era el precio que tenía que pagar, le resultaría indiferente. Porque, de cualquier modo, sabía que estaba sentenciado.

Sentenciado a morir. Sin apelación.

Contra el tribunal que le juzgó no había apelación. Ni siquiera existía juicio, defensa o acusación legal. Se dictaba una pena: la muerte. Y esa pena, inflexible, inexorablemente, se cumplía de un

modo u otro. Se cumplía siempre, cualquiera que fuese el reo.

Lemmy Hawks se movió por la amplia, larga calle iluminada. Main Street aparecía con abundante tráfico, con viandantes bulliciosos y sonrientes, en sus compras habituales. Los escaparates de las tiendas, de los *supermarkets*, de todo cuanto pasaba y desfilaba ante sus ojos, daban luz, color y vida a la calle.

No parecía un lugar de pesadilla, uno de esos sitios alucinantes y sombríos, interminables y sinuosos, que uno ve en sus sueños como lugar de horror y de desastre inexorable. Aquello irradiaba luz, ruido, vitalidad, bullicio...

Pero ¿qué importaba eso? No podía importar demasiado para Lemmy Hawks. Nada, porque en realidad, la muerte podía estar allí. Podía estar en cualquier esquina de la gran urbe, en cualquier rincón de las calles céntricas, ruidosas, alegres y bien concurridas por una población indiferente.

Indiferente a su suerte. Indiferente a su muerte.

¿Dónde estaba la Muerte?

¿Detrás de un escaparate bien iluminado? ¿En un mostrador de cromo y plástico brillante, bajo las luces de forma casi sideral? ¿Tras una esquina donde los ojos verdes, ámbar y rojos del semáforo, marcaban el «go» o el «stop» de reglamento? ¿Bajo la carrocería centelleante y fría de un lujoso sedán, o de un descapotable deportivo que pasaba fulgurante por las avenidas? ¿O, sencillamente, en cualquiera de las mujeres bellas y esbeltas, ancianas y dignas, o curvilíneas y poco decentes, que se cruzaban con él por las amplias aceras, mirándole indiferentes, lejanas o provocativas, según su correspondiente clase y edad? ¿O en un hombre fofu y rechoncho, de blandas carnes y ropas chillonas? ¿O en un respetable caballero de traje oscuro y camisa impecable, o en un policía de tráfico que regulaba el cruce inmediato?

Era angustioso, desesperante, aterrador. Cualquiera podía ser su verdugo. Cualquiera podía llevar consigo el encargo fatídico, alucinante: «Matad a Lemmy Hawks». Quizás ni siquiera era uno solo. Podían ser muchos: docenas, cientos... ¿Acaso miles?

Todo era posible en Bridgetown. Todo. Incluso la liga siniestra de miles de seres contra uno solo: contra un sentenciado a morir... que no quería morir. Que luchaba, con todas sus fuerzas, sus escasas fuerzas, por huir a la sentencia terrible y monstruosa.

Lemmy Hawks se detuvo, jadeante, frente al puesto de revistas y de cigarrillos, junto al restaurante de la sonriente y enjuta señorita Marble.

Leyó los titulares de un diario local, mientras compraba cigarrillos. Se estremeció, ante la frivolidad de sus rótulos de primera plana, impresos con gran alarde tipográfico:

«BRIDGETOWN EN VÍSPERAS DE ELEGIR SU “MISS MICHIGAN” 1960. MILLY FARROW, DEL “NEWS REPORT” DE DETROIT, LLEGA A NUESTRA CIUDAD PARA FORMAR PARTE DEL JURADO».

Una fotografía de bellas bañistas, muchas de ellas con inverosímiles bikinis sobre sus abundantes curvas; daban un aire desenfadado al diario local. «Estremecedor», pensó Hawks para sí. Estremecedor que una ciudad pareciese tan normal, tan frívola y desenvuelta, mientras en la sombra, el odio, la corrupción y la muerte, minaban silenciosamente la apacible existencia local.

Asqueado, ni siquiera compró el diario. A pesar de que a Hawks siempre le atrajeron las publicaciones donde aparecían muchachas atractivas, ligeras de ropa. Con su nuevo paquete de cigarrillos, que rasgó nerviosamente, prendiendo uno entre sus trémulos labios, recordó que tenía apetito, y entró en la brillante, luminosa puerta de la señorita Marble.

Era uno de los restaurantes populares de mayor prestigio en Bridgetown. Se acomodó en una mesa, cerca de la puerta, y reclamó un servicio combinado, de los habituales en el local.

El camarero, un joven sonriente, alto y bronceado, asintió, alejándose hacia el mostrador. Lemmy, sentado a la mesa, fumó con nerviosismo. Aplastó el cigarrillo en el cenicero de loza, con un rótulo propagandístico, cuándo se aproximó el camarero con el servicio de comida y la botella de cerveza, rezumando por su fría temperatura.

Tenía apetito. Pensó que incluso un condenado a muerte tenía razones para hacer una buena comida, la última noche de su existencia en el penal. Quizás también era ese su caso.

El plato de hamburguesas, ensalada y bacón, tenía buen aspecto. Iba a atacarlo, con una fruición que alejaba de sí todo temor

sombrío, cuando una voz conocida le preguntó suavemente:

—¿Tiene buen apetito esta noche, señor Hawks?

Levantó la cabeza. Encontróse con el rostro largo, anguloso y severo de la señorita Marble.

La miró. Con sus ojos redondos, tras los gruesos cristales de sus gafas, le estudiaba fijamente. Casi como lo haría un búho.

—Sí, un poco... —sonrió Hawks forzosamente, pretendiendo ser normal—. Un poco, señorita Marble...

Ella sonrió, frotándose las manos, sobre el traje negro con delantal color gris perla. Como siempre vestía. Y como siempre hacía su gesto habitual. Tenía cordialidad, seriedad y aire digno a la vez la señorita Marble. Hawks había sido su cliente durante mucho tiempo, antes... antes de que las cosas cambiaran.

Y las cosas cambiaron cuando él entabló relación con Cecil Rizzo.

Cecil Rizzo...

Tembló, con media hamburguesa, bañada en salsa de tomate, dentro de sus carrillos. Cecil Rizzo le hacía temblar siempre. Como hacía temblar a otros muchos. Cecil Rizzo era algo así como la propia imagen del Mal.

—Espero tenerle mucho tiempo como cliente mío —sonrió la señorita Marble—. Le hemos echado de menos aquí. Supongo que las cosas fueron bien en este tiempo, y usted frecuentó mejores lugares...

—No, no es eso... —negó Hawks—. Es que a veces... uno ha de frecuentar otros ambientes, aunque no le gusten. Eso me pasó a mí, señorita Marble. Pero no volverá a pasar. Nunca, se lo aseguro...

Ella sonreía. Cómo si esperase que Hawks volviera a ser cliente. Pero Lemmy lo decía por muy diferentes razones. Razones que posiblemente la señorita Marble no comprendería.

No acudiría más a sitios que no le gustaran. Pero tampoco al local de la señorita Marble. No, nunca. Se iría lejos, muy lejos de Bridgetown, Michigan. Muy lejos, en cualquier caso.

Si estaba a salvo, si lograba evitar la sentencia inapelable de... de «ellos», sería para no volver jamás a su ciudad natal. Si no lograba eludir la pena máxima... la muerte se cuidaría de impedir que fuese a parte alguna, buena o mala, grata a él o no...

Terminó el plato combinado y apuró la cerveza. Pidió café

caliente. Encendió un cigarrillo. Nervioso, escudriñó el exterior. Aunque cálida, la noche era también húmeda. Las nubes formaban un palio plumizo, casi negro, sobre la población.

La señorita Marble volvió. Con paso lento, con su sempiterna sonrisa de buena acogida destinada a los clientes.

—Espero que haya cenado bien —dijo suavemente—. Y espero que vuelva... si le es posible.

—Volveré —dijo ambigüamente, mientras depositaba el importe de la cuenta sobre el mantel—. Esté segura de eso. Alguna vez volveré.

—¿Vivo... o muerto? —sonrió beatíficamente la dueña del local.

Algo ocurrió entonces. La faz de Lemmy Hawks se crispó, adoptando una repentina palidez. Los ojos, súbitamente dilatados, se alzaron hacia ella. Jadeó:

—¿Qué... Qué ha dicho?

Y la señorita Marble, la dueña del local, la que le pareciera siempre una apacible y emprendedora solterona, se quedó mirándole con una fijeza que más que nunca recordaba la de un búho. Pero un búho maligno, casi cruel. Repulsivo, incluso.

—Le pregunté si volverá a mi casa con vida... o una vez muerto —repitió, silabeando las palabras, en tono muy bajo, la extraña mujer. Se inclinó hacia él, sobre la mesa de alegre mantel a cuadros rojos y blancos—. Señor Hawks, ¿cree que va a serle posible convertirse otra vez en mi cliente... ahora que la Hermandad le ha sentenciado a morir?

Convulso, se irguió, tirando la silla atrás. La mesa se tambaleó, y la taza de café todavía llena, humeante, se derribó sobre el mantel, empapándolo de infusión oscura y aromática, al tiempo que un Lemmy Hawks, mortalmente blanco, reculaba ante la mirada pajaril de la señorita Marble, cuyos dientes aparecían entre los labios sin color, al dibujar una sonrisa extraña, sardónica.

—Usted... Usted es otro de ellos... —jadeó Hawks.

—Claro —rio ella, a flor de labio—. ¿Qué creía?

Siguió retrocediendo. El camarero acudía a la mesa, extrañado. Hawks corrió hacia la puerta del establecimiento, con repentino terror.

Atravesó la puerta de un salto. El camarero, intrigado, trató de darle alcance. La señorita Marble le detuvo, con un ademán

indiferente.

—No es necesario que vaya —sonrió—. Ya ha pagado. Al parecer, vio a alguien en la calle y se asustó. No sé qué le ocurre a mi viejo cliente...

Rio entre dientes, y se quedó contemplando la vidriera empañada, tras la que la figura de Lemmy Hawks había desaparecido, mezclándose angustiadamente con la multitud de transeúntes y el barullo del tráfico.

Lemmy Hawks no volvería. Ni esa noche, ni nunca. La señorita Marble suspiró, como si todo aquello le irritara mucho. Se encaminó a la cocina, en tanto su empleado recogía el servicio de Hawks.

—Pudo haber ido a cenar a otro sitio —comentó para sí la señorita Marble, con cierta sorpresa—. ¿Por qué eligió precisamente mi local? Aunque tal vez... todo sea mejor así. Al menos para él. Creo que Lemmy Hawks dejará pronto de sufrir... de un modo definitivo.

* * *

Encontraron a Lemmy Hawks en las proximidades del lago, cerca de una parada de autobuses de la línea Bridgetown - Bay City - Detroit.

Primero creyeron que había sufrido un desmayo o un fuerte golpe que le mantenía inconsciente.

Pero la realidad es que ya entonces, cuando los conductores de un camión de transporte de leche dieron con él, Hawks estaba muerto.

Su cadáver fue trasladado a Bridgetown. Se pensó al principio que fue víctima de algún accidente de carretera. Pero no era así.

El médico forense, doctor Kellaway, procedió a hacer la autopsia. Se descubrió entonces la auténtica causa de su muerte: veneno.

Había ingerido comida picante, totalmente saturada de arsénico, difícil de identificar con el fuerte sabor de las salsas. Pero lo cierto es que había suficiente cantidad en el estómago del muerto, como para terminar con su vida en breve espacio de tiempo.

Y así había sucedido. La muerte le sorprendió a Lemmy Hawks en las afueras de Bridgetown, sin posible remedio. Tampoco lo hubiera habido en la ciudad misma, ni aun siendo rápidamente

asistido por servicios sanitarios.

Era una muerte segura, inapelable, la que llevaba consigo, al dejar atrás la ciudad.

Se investigó dónde pudo haber tomado el veneno, pero nadie dio con ese rastro. Se preguntó en restaurantes, en establecimientos públicos, en mil sitios diversos. No sirvió de nada. La señorita Marble y su personal, lo mismo que otros muchos de la ciudad, aseguraron no haber visto esa noche a Lemmy Hawks.

Así, la muerte por envenenamiento de Lemmy Hawks pasó al abundante archivo local de casos sin resolver. Bridgetown tenía muchos de esa clase en sus ficheros.

Nadie reclamó que siguieran las investigaciones. Hawks no tenía familia. Aparentemente, tampoco amigos.

Lo cierto es que si Hawks tuvo amigos en Bridgetown que se sorprendieron o que recelaron algo por su muerte, no dieron en absoluto señales de vida.

Y Lemmy Hawks, víctima de persona o personas desconocidas, fue enterrado en el pequeño cementerio de Bridgetown.

Ahí terminó la historia. O pareció terminar...

Capítulo II

TERROR

—Es el principio. Solo el principio...

—¿El principio de qué, papá?

—Lemmy Hawks ha muerto. Es el principio. Si él cometió un error, fue por mi culpa. Ahora... me toca, a mí.

—¡Papá! —abriendo mucho los ojos, asustada por lo que él decía, se quedó mirando al hombre canoso, macizo y respetable que se acomodaba en la butaca de tapizado rojo, con la copa de brandy en la mano, gruesa y enjoyada—. No hablarás en serio, ¿verdad?

—Muy en serio, Norah. No puedo esperar otra cosa que lo mismo que mató a Hawks.

—¿Veneno? —se estremeció la joven, llena de horror.

—Veneno... un disparo... un accidente... Cualquier cosa puede matar. Cuando «ellos» quieren, matan. No importa cómo, querida.

—¿«Ellos»?

—Bueno, quizá no lo entenderías bien. Vale más que vuelvas a tu tarea. ¿No has de presentarte mañana al concurso de «Miss Michigan»?

—Papá, no es mañana el concurso. Solo la eliminatoria preliminar. La final se celebra al siguiente sábado. ¿Ya lo olvidaste?

—Perdona —se pasó una mano por la frente sudorosa, cubierta de surcos profundos, huella evidente de su intensa preocupación—. Perdona, hija mía. Creo que tengo la mente ocupada por muchas otras cosas, para pensar de verdad en los concursos de belleza...

—Papá, no puedo ocuparme de ese concurso, mientras tú hables... de muerte.

—Vamos, Norah, pequeña... —suspiró el hombre, meneando la cabeza. Apuró la copa de un trago—. Tal vez me dejo llevar por excesivos temores. Pero Bridgetown, bajo su apariencia normal y apacible, es una ciudad podrida, un imperio de corrupción y gansterismo, sin precedentes salvo en la peor época del Chicago de Capone y los demás... ¿Te das cuenta de lo que digo? A veces,

muchos nos hemos visto obligados a colaborar con ese estado de cosas, incluso contra nuestros escrúpulos y nuestra dignidad personal. Cuando quieres emanciparte de todo ello, ser digno y honesto... no te dejan. Eso le pasó a Hawks. Y le mataron.

—Pero tú, papá... Tú has sido alcalde de la ciudad, eres ahora un ciudadano respetado, un buen abogado... La Ley...

—¡La Ley! —tristemente, el hombre movió la cabeza. Sus ojos brillaron duramente—. Me gustaría que existiera. Al menos, en Bridgetown. Pero...

Aquella palabra, dejándola en el aire, significaba muchas cosas, y ninguna buena, a juicio de Norah Prentiss, la hermosa hija de Ward Prentiss, el exalcalde de Bridgetown, y uno de los ciudadanos más destacados todavía, a pesar de su alejamiento de la política local.

—Es lo malo de alimentar una mala raíz —comentó Norah, grave la expresión—. Luego crece tanto que no hay forma de extirparla.

—Sí, hija. Pero yo eso no lo sabía... cuando ayudé a otros a que la semilla fructificara con fuerza. Ahora pago las consecuencias.

—Pero... ¡Pero tú no puedes correr peligro, papá! El hecho de que ese Hawks haya muerto envenenado por algún enemigo desconocido, no significa que...

—Significa que nuestra *Mafia* local actuó. Acertada, inexorablemente. Como siempre lo hizo...

—¿*Mafia*?

—Sí. Una triste herencia de ciertos emigrados de Europa. Un sistema de crimen organizado, que han metido en los huesos de nuestra propia sociedad. Un cáncer que es difícil de extirpar. La eterna historia de tu semilla, Norah...

—Pero... ¿por qué a ti? ¿Solo porque quieres emanciparte de su influencia, olvidar ese pasado de colaboración con delincuentes organizados?

—Por eso... y porque si Lemmy Hawks fue sentenciado a morir fue por causa mía.

La aspirante a «Miss Michigan» parpadeó con sorpresa. Y con temor.

—Padre... ¿Quieres... Quieres decir que tú... tú tuviste algo que ver en eso?

—No, Dios me libre. Pero Lemmy Hawks ha trabajado últimamente para mí. Tenía una agencia de trámites en la ciudad. Realmente, yo le encargué muchas tareas. Lemmy era un colaborador de la *Mafia* local. Al cumplir mis encargos, faltó a sus promesas con ellos. Lo supieron, y le avisaron. Pero Hawks ganaba mucho dinero conmigo. Me avisó, y tratamos de hacerlo disimuladamente. Parecimos lograrlo. Hawks reunió pruebas contra la sociedad secreta de Bridgetown. Las ocultó, y me dijo dónde estaban. Luego algo pasó. Alguien se enteró de todo eso. Le sentenciaron. Le enviaron la tarjeta negra.

—¿La... tarjeta negra?

—Sí —sonrió fría, tristemente—. Su sentencia. El que la recibe, sabe lo que puede esperar.

—¿Hawks la recibió?

—Eso es. Me telefoneó con angustia. Le aconsejé que huyera, que dejase la ciudad, sin intentar recuperar las pruebas. Yo me ocuparía de eso.

—¿Y...?

—Ya sabes el final —suspiró Prentiss.

—La muerte de Hawks...

—Eso es.

—¿Y... las pruebas?

Los ojos de Ward Prentiss se fijaron en su hija. Intensa, profundamente. Casi como un aviso mudo.

—Aléjate de esto, querida —susurró—. Solo traería desgracias para ti. No quiero que te mezcles en nada mío.

—No puedes hacerlo. Soy tu hija.

—Por eso mismo lo haré —se levantó, con un suspiro. Estaba pálido, pero sereno—. Hazme caso, pequeña. Es lo mejor. Nadie podrá hacer nada práctico ni eficaz con esas pruebas. Están bien escondidas, y ahora que Hawks ha muerto, solo yo lo sé. Si me matan, será como si no existieran. Sabiéndolo tú... serías otra víctima de la *Mafia*.

—Alguna vez les fallará el golpe, padre. Podría ser conmigo.

—No podemos correr riesgos. A ellos nunca les falla su golpe.

—¡Papá, me estás pidiendo que te deje correr el peligro de muerte sin mover un dedo, sin hacer nada por evitarlo! ¿Y la policía? ¿Y la justicia? ¿No existen en Bridgetown, no existen en

nuestro país?

—A veces dudo de eso. Existe, ciertamente. Pero hacen falta pruebas para que crean en uno. Bridgetown es un lugar apacible, honorable. Se reirían de quien dijese que esto está minado por el gansterismo, los sobornos, el chantaje y la coacción, que dan millones a las arcas de esa horrible sociedad. Se vive bajo un azote de terror. Pero solo lo sabemos los que lo sentimos sobre nosotros. Nadie habla de ello. Sería morir.

—Y supongo que lo de Hawks todavía aumentará ese estado de cosas, hasta un límite de auténtico terror.

—Así es —caminó pesadamente hacia la escalera que conducía a su dormitorio. Ya en el arranque de la escalera, se volvió, mirando fijamente a su hija—. Recuerda esto, Norah. Esta noche he hablado demasiado. Lo de Hawks me ha hecho soltar la lengua. Recuerda que por nada del mundo debes repetir lo que aquí se ha hablado. Ocurra lo que ocurra...

Ella no dijo nada. No se movió. Ward Prentiss subió las escaleras con lentitud.

Cuando entró en su alcoba, era un hombre envejecido, torpe y sombrío. Se dejó caer en el borde de la cama, con aire taciturno. Permaneció allí unos momentos. Aflojó el nudo de su corbata, desabotonó la camisa... Luego se encaminó a la vidriera del amplio ventanal asomado a la avenida de tilos.

Soltó la falleba para bajar el postigo. Entonces silbó algo en la noche. Prentiss se echó a un lado, con una imprecación sorda, atemorizada. Algo penetró con violencia en la estancia. Rodó por el suelo, hasta muy cerca del lecho.

Cerrando la ventana, corrió hacia donde cayera el objeto. Se inclinó, tomándolo con mano que temblaba ligeramente.

Era una piedra. En ella, algo iba ligado con un bramante. Un sobre cerrado.

Rompió el bramante. El rugoso sobre, tenía un nombre mecanografiado:

WARD PRENTISS

Lo rasgó, nervioso. Una exclamación convulsa escapó de sus labios crispados. Se echó atrás, lívido.

El sobre únicamente contenía una cartulina. Una cartulina rectangular, poco mayor que una tarjeta de visita. Totalmente negra. Con la blanca calavera del símbolo de la Muerte...

Cayó en la cama de nuevo. Jadeante, mortalmente pálido.

—La sentencia... —susurró—. La sentencia...

Aquella tarjeta negra la habían recibido antes otras personas. Personas que, como Lemmy Hawks, ya no existían. Personajes que yacían en el apacible cementerio de Bridgetown. Muertos por accidente, por desconocidos...

Como ahora sabía que había de morir él. Ward Prentiss...

Sus labios modularon unas palabras, muy pocas. Hablaba consigo mismo.

—Me matarán, sí... Me matarán, porque son los más fuertes. ¡Pero no van a conseguir que todo siga igual en esta ciudad, después de mi muerte!

Comenzó a desnudarse resueltamente. Se puso el pijama. Apagó la luz, al meterse en el lecho. Para cualquier observador situado al otro lado de la ventana, Ward Prentiss se había acostado ya.

Una vez apagada la luz, las cosas fueron muy distintas. El excalcalde de Bridgetown se puso en pie en las sombras. Se despojó de su pijama, y volvió a vestirse, sin ayuda de luz alguna.

Una ansiedad febril le invadía. Parecía luchar con el tiempo y con muchas otras cosas que le eran adversas.

En realidad, estaba pensando en otra futura víctima de la *Mafia*. En un ser inocente al que, por encima de todo, deseaba proteger de aquel imperio de horror escondido que tiranizaba la vida de los habitantes de Bridgetown, ocultándose bajo su epidermis apacible, como un maligno tumor inasible, que nadie sospecharía jamás que existiera en la plácida comunidad.

Estaba pensando en una muchacha que podía llegar a verse señalada por la negra, siniestra marca de la muerte organizada. Su propia hija Norah...

Y por ella iba a hacerlo. Ya nada podía hacer por sí mismo. Nada, salvo morir. Y hasta eso podía hacerse luchando. Tan sorda y silenciosamente como ellos mismos lo hacían desde la sombra...

* * *

La figura silenciosa emergió en la oscuridad del jardincillo

posterior de la vivienda de los Prentiss, fundiéndose casi en las sombras que se espesaban tras de los setos, rosales y macizos floridos.

Deslizóse silenciosa, cautamente, hasta llegar a la verja que rodeaba la vivienda, ya frente a la cinta asfaltada que bordeaban los tilos de la avenida. Más allá de la valla metálica, la oscuridad de la noche era profunda, pero diluida a veces por las manchas de luz azulada de las altas farolas de mercurio.

Ni un automóvil, ni una persona circulaban por el lugar. El silencio era completo, y un leve aire tibio corría entre los ramajes de los tilos.

Ward Prentiss con un sobretodo oscuro, avanzó por la avenida, hasta alcanzar un pasaje inmediato, situado entre un bloque de césped y la valla de otra residencia. Se internó por aquella vía angosta, deteniéndose bajo un árbol, para escudriñar a sus espaldas, por si era seguido o vigilado por alguien. No parecía ser así, y más tranquilo, caminó hasta el final del pasaje.

Allí, un automóvil aparcado, de color oscuro, fue abierto por Prentiss. Este giró la llave del encendido y puso el motor en marcha. El coche no parecía suyo. Sin embargo, Prentiss tenía sus llaves, lo cual probaba que, además del conocido y lujoso «Chevrolet» que todo Bridgetown conocía, el exalcalde disponía de un viejo cupé oscuro, muy a propósito para circular sin ser reconocido por nadie.

Avanzó a buena marcha hacia el centro de la ciudad. Se detuvo un momento frente al edificio de Correos. Saltó del coche, moviéndose hacia el buzón de alcance situado en el exterior. Echo una carta.

Parecía una carta. En realidad, eran dos. Una de ellas llevaba membrete, e iba dirigida al gobernador del Estado de Michigan. Otra, dirigida a otra persona, residente en Bridgetown, además de ser escrita con otra máquina y color, llevaba el membrete de una firma comercial de la ciudad, totalmente inocente de apariencia.

Prentiss regresó al automóvil. Entró en este y siguió adelante con buena marcha. Esta vez, el exalcalde cometió el error de no mirar atrás.

De haberlo hecho, hubiese descubierto la figura que, saliendo de un automóvil aparcado frente al edificio de Correos, se aproximaba al buzón de alcance, donde estuviera un momento antes Prentiss.

Sonrió la faz del hombre en la oscuridad. Golpeó con los nudillos la cerrada ventana, inmediata al buzón. Sus golpes tuvieron un determinado ritmo especial, una intermitencia y número de tamborileos muy particular.

El postigo de la ventana se abrió. No había luz tras la madera, pero una figura humana miro a la que se erguía en el exterior. Se cambiaron unos gestos concretos. La ventana se cerró de nuevo. El otro regresó a su automóvil y lo puso en marcha.

El empleado de Correos, situado en la habitación en sombras, encendió una bombilla nada más cerrar la ventana herméticamente. Abrió con llave la caja metálica del buzón, adosada al muro de la estancia. Un montón de cartas apareció allí.

Con rapidez, el empleado revisó todas ellas. Sus diestras manos lo hicieron en escasos momentos. Al llegar a la dirigida al gobernador de Michigan, con membrete del exalcalde Ward Prentiss, una mueca dura estiró sus músculos faciales. Estrujó el sobre, tirándolo a un lado. Examinó los cuatro o cinco sobres inmediatos a aquella. No le interesó particularmente ninguno.

Las cartas volvieron al buzón. Todas... menos la de Prentiss al gobernador.

* * *

Ward Prentiss terminó de redactar el telegrama urgente, con destino a Washington. Lo entregó al funcionario de la oficina, que lo tomó, bostezando, y comenzó a contar las palabras del texto.

—Es muy urgente —apremió Prentiss—. Expídale. No le importe si alguien viene a prohibírselo. Yo soy Ward Prentiss, el antiguo alcalde de la ciudad. Si ese telegrama sale, usted recibirá mañana dos mil dólares. Tiene mi palabra.

El funcionario, con un parpadeo, se hizo todo actividad. Contó con rapidez las palabras. Dio el precio a Prentiss. Este le tendió un billete de veinte dólares.

—Guarde el cambio —murmuró—. Es solo un anticipo, que no le descontaré de sus dos mil de mañana, amigo. Pero ese telegrama ha de llegar, recuérdelo.

—Lo recordaré muy bien, señor Prentiss —sonrió el hombre—. Cuente que está ya en Washington.

—Ojalá fuera así —suspiró Prentiss, dirigiéndose a la salida de

la oficina telegráfica.

Descendió los escalones hacia la acera y dirigióse al oscuro cupé insignificante que le esperaba aparcado frente a Telégrafos.

Se inclinó para abrir la portezuela. Justamente entonces vio que el cupé ya no estaba vacío.

Una sombra se movió, en el asiento posterior del coche. Prentiss gritó roncamente, queriendo apartarse.

No le fue posible. Desde la oscuridad del cupé, una pistola provista de silenciador disparó una sola vez contra la cara del exalcalde local.

Prentiss se cubrió el rostro con ambas manos, tras el sordo «ploc» de siniestra oquedad. La sangre chorreó entre sus dedos. Luego derrumbóse contra la portezuela, hasta resbalar y quedarse inmóvil, pegado de bruces al asfalto de la acera.

La portezuela posterior se abrió con rapidez. Emergió un hombre de gabardina azul oscura, con la mano oculta en un bolsillo tras el disparo único efectuado.

Se inclinó un instante sobre Prentiss. Estaba agonizando, con el rostro destrozado por el balazo a bocajarro.

Sonrió malignamente el asesino. Sabía que ya no tenía que preocuparse por aquella piltrafa humana situada al borde de la muerte.

Miró hacia la puerta iluminada de la Western Union. Eso era distinto. Prentiss acababa de salir de allí. Debió tener poderosas razones para ir allá a tales horas.

Corrió escaleras arriba, penetró en la oficina, con aire apacible, y se aproximó a la ventanilla del funcionario de servicio nocturno.

El hombre se disponía a transmitir un despacho con la indicación de «urgente». El asesino, escudriñador, descubrió la firma de Prentiss al pie del telegrama.

—Si desea impreso para escribir, señor... —comenzó el funcionario, mirándole risueño.

—Sí, gracias —dijo el nocturno visitante.

El funcionario se inclinó, abriendo un cajón de su mesa para tomar un papel amarillo de la Western Union.

Entonces, el hombre de la gabardina azul extrajo su mano. En ella, una pistola de cañón prolongado por el silenciador. Apuntó a la nuca del funcionario telegráfico. Disparó.

El telegrafista se quedó en su postura de aquel momento, tras una seca, violenta sacudida. Sobre su nuca, el agujero negruzco dejó fluir una densa hilera viscosa, rojo oscura.

Derrumbado de bruces en la mesa, no se movió más.

Su asesino abrió la puerta de acceso al interior de la oficina. Arrancó el papel escrito por Prentiss, que guardó en su bolsillo. Luego desordenó cajones, tiró papeles, se apoderó de la liquidación de telegramas y giros, dejando caer billetes por el suelo, y escapó, desapareciendo en la noche, antes de que nadie en la dormida ciudad de Bridgetown hubiera descubierto los cadáveres del telegrafista de turno de noche y del exalcalde de la población.

La tarjeta negra había llegado por duplicado a dos nuevas víctimas de la tenebrosa sociedad secreta que regía la vida de Bridgetown.

El terror continuaba. Cada vez más intenso, más fuerte y dramático.

Cada vez también más implacable y brutal.

Capítulo III

S. O. S.

—¿Lista la tarea, Milly?

Milly Farrow asintió, sonriente, tendiendo las cuartillas mecanografiadas, y las fotografías, al redactor-jefe del más importante diario local, el «Lake Magazine», Abner Kenton.

—Lista, señor Kenton —declaró ella, risueña—. He logrado ya la entrevista con las cuatro candidatas más firmes al título de «Miss Michigan», y podrá publicarse esta tarde, poco antes de la eliminatoria previa para el título, en el «Yatching Lake Club». Creo que eso es servir la actualidad a la gente, tal como la desea.

Abner Kenton silbó, estudiando las fotografías que ella le tendiera. Comentó, aprobador:

—Eso es, amiga mía. Tal como la gente la desea... Imagino lo que dirá el público cuando vea estas fotografías en primera plana. Agotarán la edición. ¿Sabe una cosa, Milly? Nunca imaginé que estas muchachas locales tuvieran... Bueno, tuvieran todo lo que esos bikinis permite exhibir.

—Le aseguro que yo también podría presentarme al título... si hubiese nacido en Bridgetown —rió Milly Farrow.

Abner Kenton, estudiando la figura alta, rubia y esbelta de Milly, meneó la cabeza, afirmativo.

—La creo, Milly. No necesita ponerse en bikini para demostrarlo. ¿Por qué no se presenta también en bañador esta noche y la de la final definitiva? Causaría sensación. Vea el título que pondría en primera plana: «Nuestra colaboradora especial Milly Farrow, corresponsal del «News Report» de Detroit en Bridgetown durante las fiestas de elección de «Miss Michigan», ha decidido servir de dama de honor a la ganadora». ¿No sería sensacional?

—Seguro —rió Milly—. Pero junto a los ejemplares que usted vendería por verme la gente junto a esas muchachas, creo que todo lo echaría a perder cierta persona poco acorde con sus ideas periodísticas, señor Kenton.

—¿Su novio?

—Eso es.

—Mala cosa —suspiró Kenton—. ¿Por qué ha de tener novio, Milly? Es una pena.

—Tener novio es una mala costumbre que tenemos algunas chicas —rió ella—. Y el mío es muy especial.

—¿Celoso?

—Oh, no, no. Walter nunca ha sido celoso, la verdad. No creo que haya nadie menos celoso que él. Pero considera que mi labor como periodista debe ser seria y formal, no como algunas jóvenes reporteras se la toman, dejándose mezclar en columnas sociales o en chismorreos escandalosos. Así es él.

—Su novio es un chico inteligente. ¿Vive en Detroit?

—No. Le conocí en el este, cuando hice un viaje allá. Desde entonces, él viene con frecuencia a Detroit. Pero sus actividades no le dejan nunca demasiado tiempo libre. Espera retirarse en breve de ellas, y entonces quizá nos casemos. Pero yo tendré también que abandonar mis propias actividades, y eso es lo malo.

—¿No quiere hacerlo?

—No. Walter lo haría con su trabajo, pero yo no quiero abandonar el periodismo. Creo que hay tiempo para todo y que Walter esperará unos años, si es preciso.

—¿Ama más su profesión que el hogar, el marido y todo eso? —rió Abner Kenton.

—No sé. Me fascina mi trabajo, eso es todo. Tal vez cometa un error, pero no puedo evitarlo. Walter lo comprende. Y espera. Comprendo que se aburrirá, porque Washington no es precisamente un lugar divertido...

—¿Washington? —Abner enarcó las cejas, sorprendido—. ¿Tan lejos está?

—Ya le dije que su tarea le obliga a ello.

—Ya veo. ¿Tiene algún cargo burocrático?

—Ahora, sí. Antes fue agente especial del C. I. A. americano^{1}.

Abner silbó, tabaleando sobre las fotografías de muchachas en bikini y las cuartillas mecanografiadas.

—Vaya... —comentó—. Buen pájaro tiene por novio, ¿eh? Todo un agente —secreto.

—Más o menos. Pero exagente, en realidad. Ahora trabaja para

el Gobierno, pero en cargo burocrático. No quiso continuar en la C. I. A. Cuando me conoció, declaró que no quería correr riesgos... para no dejarme viuda antes de la boda.

Abner soltó una carcajada de buena gana. Luego se incorporó, para llevar el trabajo de Milly a las máquinas y la litografía.

—Creo que él obró prudentemente en eso —comentó—. Usted, en cambio, no quiere ser también prudente.

—Es distinto. En su tarea siempre existía el peligro. En la mía... eso es muy relativo. Jamás peligró mi vida. No me ocupo de sucesos ni de cosas así.

—Bueno, es cosa suya. Pero, Milly, yo en su caso me casaría pronto, aunque ello significara para el periodismo una pérdida tan importante.

—Gracias. Es usted muy amable conmigo, señor Kenton.

—No lo crea. Le digo la verdad. Es una buena periodista. Ha nacido para esto, es evidente. Por otro lado, preferiría que siguiese soltera mucho tiempo. Como periodista, y como hombre. Además de una reportera inteligente y aguda, es usted una muchacha encantadora y llena de atractivos. Pero...

Encogióse de hombros y salió de la estancia. Pensativa, Milly se quedó mirándole. Luego se encogió ella también de hombros, con una sonrisa indiferente, y caminó hacia otro departamento del periódico, donde recogían la correspondencia para ella.

—Tiene muchas cartas —explicó el empleado del «Lake Magazine»—. Tome, señorita Farrow.

Le tendió un gran número de sobres estampillados. Los recogió, con un suspiro. Encaminóse a una oficina del periódico, que Kenton pusiera a su disposición mientras se hallase la notable y joven reportera de Detroit en la ciudad.

La mayoría de cartas eran de admiradores, de lectores entusiasmados por sus crónicas, y de firmas comerciales interesadas en que las crónicas de Milly Farrow para Detroit, refiriendo las incidencias de la elección de «Miss Michigan», aludieran de algún modo a sus premios especiales, como publicidad de sus respectivos productos. Incluso en algunas cartas, Milly halló cheques de entidades comerciales a su favor, como compensación a tales demandas. Milly, en todos los casos, apartó esos cheques, que rechazaba por sistema.



La negra tarjeta de la muerte estaba sobre el cadáver...

De súbito, se quedó con una misiva en las manos. Había salido de un sobre con membrete comercial, que ella imaginó sería una carta como todas las demás. Leyó, perpleja:

«Señorita Farrow:

»Angustiada, desesperadamente, me dirijo a usted. No crea que para influirle en sus opiniones sobre la futura «Miss Michigan». Mi hija Norah se presenta, pero eso carece de importancia. Especialmente ahora.

»Voy a morir. Estoy sentenciado por la Hermandad. La Hermandad existe en Bridgetown. Es una *Mafia* monstruosa. La que asesinó a Hawks hace poco. La que asesinó a otros muchos. Rige la vida local en secreto. Le adjunto una detallada relación de sucesos de los que la Hermandad es responsable, en un período de varios años. Hay pruebas de todo esto, y de la identidad de los miembros del Consejo Superior de la Hermandad. Ninguna sobre su jefe, el «Gran Hermano». Creo que incluso los demás miembros de la *Mafia* ignoran la identidad de su enmascarado jefe supremo.

»No le digo dónde están esas pruebas, porque sería hacerla peligrar. No haga nada por su cuenta, no obre en absoluto por sí misma. La matarían sin vacilar. Avise a su novio. Sé que es Walter Lipman. Walter Lipman, exagente de la C. I. A. y en una ocasión amigo mío. Pídale que venga. Que ayude a Norah, y, de paso, a la justicia. Sé cuánto le gusta que todo sea justo y que las *Mafias* desaparezcan.

«Confieso mis culpas. Yo mismo, siendo alcalde de Bridgetown, ayudé a la Hermandad. Pero ahora pago mis faltas de entonces. Por Dios, ayúdeme, señorita Farrow.

«Cuando usted reciba esta carta, que envíe disfrazada, con otra que sirva de espejuelo y despiste a mis enemigos, que siempre vigilan, es posible que ya me hayan ejecutado.

«Si es así, le ruego que vele por Norah y avise a Walter. Por favor.

“Ward Prentiss”

Milly parpadeó, sorprendida. Leyó la relación de crímenes atribuidos por Prentiss a la extraña Hermandad secreta. Guardó la carta, con expresión tensa. Salió de la oficina, sin cuidarse más de las restantes cartas.

Encontró a Abner Kenton, de regreso de la linotipia y talleres del periódico. Estaba leyendo algo con gesto preocupado, cuando ella entró.

—Kenton, quiero hablarle de algo —dijo Milly, con tono grave.

—¿Sí? Hágalo, Milly —pidió él—. Creo que usted sería la única persona a quien atendería, incluso en estos momentos.

—¿En estos momentos? ¿Por qué dice eso?

—Acaban de llegarme noticias —le tendió el papel mecanografiado—. Han ocurrido cosas terribles esta noche, en Bridgetown.

—No le entiendo...

—La policía me ha dado la información para publicarla. Hay dos asesinatos.

—Dos asesinatos... —palideció intensamente Milly—. ¿Habla en serio?

—Totalmente, Milly. Han matado a tiros a un funcionario de Telégrafos... y a un hombre notable de esta ciudad. Alguien que fue alcalde... Ward Prentiss.

—¡Oh, no!

—Así ha sido. Al parecer, un ladrón robó en la Western Union, y al ser descubierto, mató a ambos. Esa es la versión de la policía. Ahora se busca a ese ladrón y asesino. Pero veamos, Milly, ¿qué es lo que quería decirme?

—Nada, nada... —meneó la cabeza negativamente la joven—. Creo que no era nada de particular. No merece la pena sacarle de ese asunto tan grave.

Salió de la oficina del redactor-jefe del «Lake Magazine». Y después, del diario.

Se sentó ante su máquina portátil, una vez en su alojamiento del hotel. Redactó vertiginosamente una carta, que franqueó en sobre de correo aéreo. Lo despachó en Correos, al salir nuevamente del hotel.

La carta iba con destino a Washington. A un hombre llamado Walter Lipman.

* * *

Walter Lipman tiró a un lado el periódico de Detroit, con el titular destacado:

“Una baja en la lista de aspirantes. Norah Prentiss, hija del hombre asesinado, se retira de las candidatas al título de «Miss Michigan»”.

Sonrió. La crónica la firmaba Milly. La hilera de aspirantes en bikini era realmente sugestiva, una invitación al lector, que sin duda acrecentaría el turismo en Bridgetown.

Milly hablaba poco sobre el asesinato. Esos temas no eran su fuerte. Al parecer, un ladrón desconocido asaltó la oficina telegráfica, cometiendo un robo y matando a dos hombres. Uno, un funcionario de Telégrafos; el otro, el padre de una de las “misses”.

Lipman hubiera deseado estar en Bridgetown. No por las bellezas solamente, sino por Milly. Imaginaba que aquellos sangrientos sucesos la tendrían aturdida. Ella siempre decía que un periodista no tiene que dedicarse forzosamente a escribir sobre cosas desagradables y tenebrosas. Ahora las circunstancias parecían envolverla a ella en una situación donde esa clase de temas se ligaban forzosamente con otros más superficiales y gratos, como eran los relativos a las hermosas concursantes de la ropa escasa y las curvas generosas.

No siempre se podía hacer lo que uno deseaba. Las circunstancias mandaban imperiosamente, y en el Departamento oficial de Washington en el que el joven atlético Walter Lipman, exagente especial de la C. I. A. norteamericana, consumía su natural temperamento violento, enérgico, amigo de la acción y del choque virulento, en una vida apacible, burocrática, que él mismo eligiera para huir del peligro, del riesgo en el que cualquier día podía encontrar la muerte.

Milly Farrow era responsable de eso. El alto, musculoso joven de cabellos oscuros, ojos grises, mentón enérgico, duro gesto y mirada centelleante, se había enamorado demasiado profundamente de Milly durante una de sus aventuras para proporcionarle el dolor de verse un día sin novio, al morir este en alguna arriesgada misión de la Agencia Internacional de Inteligencia de los Estados Unidos.

Sin embargo, Milly no había reaccionado como él esperaba, abandonando su profesión.

Milly era una muchacha enérgica, inquieta y muy

independiente, que amaba el periodismo demasiado para dejarlo por el hogar. A cualquier cosa que en ese sentido le dijera Walter, ella tenía siempre una respuesta:

—Querido, no puedo dejarlo. El periodismo me fascina.

—A mí me fascinaba mi vida de agente especial —replicaba él—. Y la dejé por tu causa...

—Es diferente. Tú corrías peligro, Walter. Yo... Yo no puedo correr peligro alguno en mi profesión. Pero sabes que cuando la abandone, no será forzada por ti, sino porque yo misma lo habré elegido así. ¿No crees que vale la pena esperar un poco?

Sí. Valía la pena, pensó Lipman. No era justo, pero era prudente hacerlo así. Milly, en otro caso, nunca hubiera sido la esposa que él deseaba. Le reprocharía que hubiese abandonado la profesión por la vida en común.

Era mejor así. Por eso él esperaba.

Era un hombre paciente. Lo había sido siempre, incluso cuando actuaba como agente secreto del Servicio de Inteligencia de su país. Pero a veces se preguntaba si la paciencia no acabaría por agotarse.

Especialmente, encerrado en la burocracia monocorde y gris de Washington y sus oficinas estatales. Le irritaba aquel trabajo. A veces añoraba las aventuras en Oriente Medio, en las Antillas, en alguna República sudamericana o en algún país centroeuropeo, abriéndose paso a tiros, bajo una identidad falsa, o burlando a policías y soldados del país de turno, para sacar de sus fronteras un secreto vital para la información de los Estados Unidos. Secreto que, invariablemente, llegaba a los archivos secretos de la C. I. A. y del Gobierno americano, en la mano firme de su agente Lipman.

Pero el recuerdo de Milly borraba en el acto esa añoranza. No, no debía volver al mundo de la violencia, el odio y la acción. Eso había quedado atrás para él. Definitivamente atrás.

—Carta urgente para ti, Walter —dijo su compañero de oficina—. Por vía aérea, desde Michigan. ¡Ah, el amor...!

Riendo, se alejó tras tirarle la carta sobre la mesa. Lipman le tiró sin éxito un pisapapeles, que no alcanzó a su compañero. Luego se inclinó, tomando la carta. No llevaba remitente, pero sabía quién la escribía.

La abrió.

Y la leyó.

Una sombra de enorme estupor cubrió su rostro, a medida que avanzaba en la lectura...

Capítulo IV

CRISIS

—¿Por qué hace eso? Su padre desearía que se presentase al concurso.

—No diga eso, por favor —sollozó Norah Prentiss—. Mi padre ya no puede desear nada, señorita Farrow.

Milly Farrow apretó los labios, inclinándose más persuasiva que nunca sobre Norah. Luego cambió una mirada con el joven rubio y apenado que ocupaba un asiento junto a la muchacha.

—Ella tiene razón, Norah —habló el joven—. Tu padre no puede intervenir ya en ninguna cosa de este mundo. Pero estoy seguro de que no le gustaría tu actitud de ahora. Eso no puede resolver las cosas. ¿Por qué no te presentas a la final y...?

—Es inútil, Andy —negó de nuevo Norah—. No iré. No insista, señorita Farrow. No puedo presentarme, con mi padre muerto hace unos días. Es un concurso frívolo, una especie de festejo. ¿Cree que debo asistir a fiestas?

—Creo, como le ha dicho su prometido, el señor Spencer, que no debe dejarse dominar por el dolor y la angustia. Le guste o no la idea, lo cierto es que usted vive, continúa en el mundo. Y que ya nada devolverá la vida a su padre.

—Serían capaces de darme el título, solo por compasión. No quiero nada así. Me horroriza la compasión, señorita Farrow. No iré a esa competición, créame. Mi retirada ha sido definitiva.

Milly Farrow suspiró, incorporándose. De nuevo su mirada se cruzó con la de Andy Spencer, el rubio muchacho. El prometido de Norah hizo un gesto de impotencia, al que correspondió también Milly.

—No podemos hacer más —confesó la joven—. Al menos, lo intentamos, señor Spencer.

Norah se quedó sollozando en el gabinete de la residencia Prentiss. Salió Milly al vestíbulo, acompañada por el joven. Ya cerca de la puerta, Andy Spencer la detuvo.

—Espere un momento, señorita Farrow —pidió—. Permítame que le dé las gracias.

—¿Por qué? —sonrió la bella reportera, abriendo sus ojos pardos con interés.

—Por todo. Ha hecho mucho por Norah, por mí... y por Bridgetown. Está portándose muy bien con la ciudad y con los ciudadanos. Sus crónicas son encantadoras, atraen a muchos turistas. Y aparte su labor de periodista, es una gran chica. Ha dado mucho consuelo a Norah. Aunque ella no acepte seguir en el concurso, sé que sus palabras de aliento le han hecho mella.

—No tiene importancia, señor Spencer. Es el deber que todos tenemos en casos semejantes.

—A pesar de eso, gracias. También he leído lo que cita sobre Ward Prentiss y su muerte. Es muy sobrio, muy digno su comentario.

—No me gusta hablar de sucesos así —se estremeció Milly—. Pero era inevitable.

—Sí, era inevitable. Sin embargo, usted ha visto otras crónicas. Sensacionalismo, fotografías, comentarios... Se ha dicho que el señor Prentiss salía por las noches a ver a una amante, que posiblemente ella era casada y el marido le siguió, matándole. Cosas atroces, que aunque fuesen ciertas, nadie debe citar jamás.

—Me repugna ese periodismo, señor Spencer —habló ella con energía—. Y los que lo practican me resultan nauseabundos. Eso no debe agradecérmelo, por tanto.

—Pues lo hago. Y Norah lo hará durante toda la vida, estoy seguro —suspiró el joven—. ¿Quiere que le diga una cosa, en confianza?

—¿Qué, señor Spencer?

—Por favor, que quede entre los dos —miró con fijeza a la joven—. Estoy convencido de que al padre de Norah no le mató ningún ladrón.

—¿Eh? —Milly enarcó las cejas, sin desviar de él los ojos—. ¿También cree en la historia de los amores ocultos de Ward Prentiss?

—¡Cielos, no! —boqueó el joven—. No es eso. Pero me temo... Me temo que existen otros motivos para el crimen.

—¿Qué motivos? ¿Odios personales?

—Se reirá de mí, señorita Farrow. Pero hay algo siniestro en esta ciudad. Algo horrible y nefasto que está causando más desgracias que una epidemia mortal.

—Temo no entenderle —mintió Milly, con los nervios tensos.

—Una *Mafia*, señorita Farrow. Una Hermandad de asesinos y de monstruos sin conciencia.

—¿Una Hermandad? —se estremeció Milly—. ¿Por qué dice eso? Suena a fantástico.

—Sí, es lo que todos dicen. Suena a fantástico. Y así van las cosas. Accidentes, muertes inexplicables... Tiendas y negocios que sufren incendios o explosiones misteriosas, siempre justificados oficialmente, pero sin que convenza a nadie la justificación.

—Una ciudad no soportaría eso calladamente. Bridgetown parece un lugar apacible, señor Spencer —observó agudamente Milly, clavando en él su mirada astuta.

El joven prometido de Norah Prentiss meneó la cabera, dubitativo.

—Esa es la apariencia, la piel externa. Pero ¿y lo que hay dentro? ¿Y la carroña que pudre a esta ciudad?

—¿La hay?

—Claro. Es la Hermandad.

—No entiendo de qué me habla, señor Spencer.

—Por favor, no me llame así —sonrió el joven—. Tenemos una edad similar. Todo lo más que le llevo son unos cinco años. Mi nombre es Andy. Y me gusta.

—El mío, Milly. También me gusta.

—De acuerdo, Milly —le tendió la mano—. Seamos amigos. Norah necesita una amiga. Yo también. Creo que nos sentimos muy solos ahora. Ella sabe algo y tiene miedo. Sobre todo desde que aplastaron a su padre de ese modo. Yo también sé o creo saber algo. Podemos luchar juntos contra ello, ¿no cree?

—No sabré qué creer hasta que no sepa lo que usted cree realmente. Habló de una Hermandad. ¿Una secta tal vez?

—Una secta que abarca toda la ciudad. Hay cientos, quizá miles de miembros. Es el principio de la *Mafia*. La asociación de muchos con un solo fin común: el control de la situación, apelando incluso al crimen y al terror.

—¿Sostiene que hay una *Mafia* en Bridgetown?

—Sí.

—Eso es serio, Spencer... digo Andy. Muy serio.

—Sí, Milly —el joven apretó los labios. La honestidad y la buena fe brillaron en el fondo de sus pupilas—. Muy serio. Pero sé lo que digo.

—¿Por qué no se lo dice a la policía?

—¿La policía? ¿A quién? ¿A mi tío, Rufus Malcolm?

—¿Su tío es jefe de policía?

—Prácticamente sí. Es el capitán de la policía local.

—Bueno, entonces creo que nada mejor que hacer lo que le he dicho. Es la policía. Y es su tío...

—Eso me tiene sin cuidado. Mi tío no me haría caso.

—¿También cree que sea miembro de su famosa *Mafia*? —preguntó ella, con fingida ironía, alerta y tensa bajo su apariencia desenfadada.

—No, no. Tío Rufus es honrado —sonrió el rubio, meneando la cabeza—. Demasiado honrado para creermelo. No me creería cosas más lógicas y verosímiles. ¿Cómo va a creermelo que... que hay una secta en la ciudad que lo rige y lo controla todo, asesinando cuando alguien estorba o se hace peligroso para ellos?

—Yo tampoco creo que pueda publicar eso —dijo Milly, con una sonrisa—. No es la clase de periodismo que me gusta, ya se lo dije. Y además... Bueno, tampoco me creería nadie.

—No le pedí eso. Le pedí ayuda, confianza en mis teorías. Quizá lo demás llegue por sus pasos contados, Milly. Mi tío Rufus Malcolm, capitán de la policía local de Bridgetown, se reiría de mí si le contara esto. Incluso diría en público que su sobrino está tan loco que ve cosas raras. Dentro de poco un camión me atropellaría o una cornisa me caería encima... o un salteador nocturno me mataría para robarme.

—¿Cree que es ese el sistema que utiliza la supuesta Hermandad?

—Sí. Eso. Y una tarjeta negra.

—¿Una tarjeta negra?

—Con la Muerte grabada, en forma de calavera. Es su sentencia de muerte.

—Si eso fuera así... ¿cómo lo supo?

El joven no respondió. No de palabra. En vez de eso, hundió la

mano en su bolsillo. Cuando la extrajo, mostró una cartulina rugosa.

Milly Farrow vibró. De excitación, de inquietud, de interés vivísimo. Pero todo eso lo disimuló con un buen gesto de extrañeza e incomprensión. El rubio y guapo novio de Norah no la perdía de vista, sujetando la tarjeta enlutada ante ella.

—¿Qué es eso? —jadeó Milly.

—Ya lo ve. Una tarjeta.

—Extraña tarjeta.

—Sí. Es la tarjeta de visita de la Muerte. Vea la calavera. Es lo que le dije. Eso es lo que la Hermandad envía a sus víctimas sentenciadas a morir.

—¿Dónde lo halló?

—En el cuarto del padre de Norah. Lo guardé. Temía algo así. He visto sobre las ropas de Lemmy Hawks algo parecido. Otra cartulina igual, que conservaba con sus cosas. La vi en la Morgue, con su cadáver... cuando mi tío Rufus me permitió que lo viese.

—Ya —Milly apretó los carnosos labios, suavemente enrojecidos por el carmín—. Es interesante, Andy. Pero no prueba nada.

—Claro que no. Nada puede probar que exista la secta.

—¿Entonces...?

—¡Pero existe!

—Eso lo dice usted.

—Lo dice mucha gente, Milly. Yo lo he oído en mil sitios. Siempre a gente llena de miedo.

—¿Lo repetiría esa gente ante un policía, un juez o un periodista que no fuese de Bridgetown?

—Ya le dije que tenían miedo. Mucho miedo.

—Luego no lo repetirían.

—No.

Milly Farrow suspiró. Era un buen pretexto para fingirse escéptica, aunque distara mucho de serlo.

—¿Lo ve, Andy? Su imaginación vuela. No debe dejarse engañar por apariencias.

—¡Milly! —dolido, el joven la miró largamente—. Usted... Usted no puede tomar así una cosa tan seria. Esta tarjeta prueba que...

—Esa tarjeta melodramática nada prueba —le replicó ella, sonriendo y meneando la cabeza—. Nada, Andy. Olvídelo, ¿quiere? Al menos en lo que a mí respecta.

—¿No... no me cree?

—Sinceramente, no.

Y le dolió dejar a Andy Spencer tan desalentado y lleno de decepción, en la puerta de la residencia, a espaldas suyas. Pero tuvo que hacerlo. Otra cosa sería peligrosa.

Además, ¿cómo saber si Andy Spencer mismo no pertenecía a la *Mafia* local?

Milly creía en la existencia de la siniestra Hermandad. Pero ¿cómo aceptarlo ante nadie que no fuese de entera confianza?

Y en Bridgetown, al parecer, nadie era de confianza suficiente.

Nadie excepto la pobre Norah Prentiss, la desolada hija de Ward Prentiss, el hombre asesinado.

Y precisamente Norah sería la última persona a quien se podría hablar de la Hermandad. Aunque ella supiera algo, el terror la mantendría amordazada. La muerte de su padre había sido un aviso demasiado serio.

El pánico, siempre era bien manejado por Sociedades así. Como su mejor arma.

Un arma muy eficaz, en el aterrorizado Bridgetown, la ciudad sometida a una crisis vivísima de sangre, de terror, de muerte inexorable, surgida de las sombras. Aquellas mismas sombras que ocultaban la identidad de los tenebrosos miembros de la entidad secreta.

* * *

Aquel era el jurado.

Abner Kenton, Rufus Malcolm, capitán de policía local... Y con ellos, Corey Griffith, alcalde actual de Bridgetown, y Herb Miller, diputado por Michigan para el año siguiente, formaban parte del jurado.

Un jurado que había de resolver un difícil dilema: elegir la más bella entre un ramillete de bellas. Bellas de rostro y de figura, con inverosímiles bikinis o bañadores, que solo permitían lucir sus encantos físicos, la generosidad de la Naturaleza al dotarlas en ciertos puntos de su femenina anatomía, y la brevedad a que era capaz de llegar un fabricante de bañadores lo bastante astuto como para hacer amplio negocio entre las damas.

Milly Farrow, corresponsal del «News Report», de Detroit, y

especial reportera del «Lake Magazine» local, también colaboraba con el jurado, con una especie de asesoramiento extraordinario.

Se iba a nombrar a *Miss Michigan*, la nueva belleza del Estado, que iría más tarde a Miami para un título superior: *Miss América*.

Era esa la gran noche de Bridgetown. La gran noche social que todos habían estado esperando durante meses.

Milly Farrow contempló de soslayo a los presentes.

La sociedad de Bridgetown, la típica sociedad americana de cualquier ciudad y de cualquier Estado, se hacinaba en torno a las dos piscinas iluminadas, de aguas coloreadas, de esplendoroso aspecto, salpicadas las gradas por grandes pancartas alusivas al acontecimiento, banderas nacionales y otras con el escudo del Estado de Michigan.

Grandes fotografías de todas las concursantes aparecían rodeando, con sus ampliaciones ingentes, todo el recinto destinado a la elección de *Miss Michigan*.

Disparos centelleantes del «flash» fotográfico de los reporteros locales y de otros llegados de ciudades inmediatas —e incluso alguno, como Milly misma, procedente de más lejanos e importantes lugares—, se mezclaban con el runruneo de charlas y comentarios, con el ambiente de expectación, interés y curiosidad que rodeaban el acontecimiento más importante del año para Bridgetown.

Milly descubrió la gran fotografía de Norah Prentiss entre todas las demás. Su renuncia al concurso no parecía haber afectado en ese punto a los organizadores, quizá por no dejar un hueco en la decoración, o rellenarlo con un rostro cualquiera. Y desde luego, la faz de Norah era lo bastante bonita y atractiva como para merecer su situación allí.

Milly Farrow se dijo que entre tanta belleza insultante y agresiva, de ampulosas caderas, senos violentos y poses lascivas, Norah Prentiss continuaba siendo la más suave y dulce de las bellezas locales. Quizá la más merecedora, en espiritualidad, de obtener aquel premio.

Pero Milly, con una sonrisa, se dijo que cuando en un jurado de selección de bellezas femeninas, predominan los hombres, es difícil que se fijen precisamente en la espiritualidad de la concursante de turno.

Hay otras muchas cosas más ostensibles y concretas que el jurado varón tomará en cuenta. Y en ese aspecto, el concurso de Bridgetown era bastante generoso.

Los grandes focos centelleaban sobre las aguas artificialmente teñidas de un verde muy fotogénico, pero totalmente falso. En cabinas especialmente dispuestas, en las instalaciones deportivas del pabellón, las damas estarían ahora cambiando sus ropas por los bañadores rutilantes con que desfilarán ante el público. Después, como final del espectáculo, se presentarían con traje de noche. Pero todo el mundo sabía que la elección de la ganadora, ya estaría hecha en el momento mismo de verlas en bañador. Era lo de siempre.

Milly, escudriñando en torno aquel mar de rostros sonrientes, de bandejas con copas de licor o de refresco, los canapés, el aire mundano y social, el aspecto apacible y provinciano de los presentes, se preguntó si sería posible que todo aquello enmascarase nada siniestro ni oscuro. Si no habría soñado mucha gente con fantasías novelescas, al atribuir a Bridgetown la existencia de una *Mafia* poderosa y despiadada.

Pero luego recordó la muerte de Lemmy Hawks, de Ward Prentiss, del funcionario de Telégrafos... Y toda la lista de sucesos que le enviara Prentiss, antes de morir, y que ella había cuidado de compaginar en la hemeroteca local, confirmando que todos eran sucesos reales, sorprendentemente sin resolver por la policía local.

Estudió al capitán de la policía. Era un hombre de pelo y bigote blancos, tez oscura, ojos sorprendentemente azules y expresión dura. Parecía honrado y firme. Pero su policía no era muy eficaz. Su sobrino Andy creía en él. Solo le suponía incompetente, pero no deshonesto.

¿Tendría razón el joven Andy Spencer? ¿No sería su tío uno de los asociados a la poderosa fuerza secreta que controlaba la ciudad y exprimía el jugo a sus industriales, comerciantes y gente rica, con unas contribuciones clandestinas muy altas?

Corey Griffith, el alcalde, era redondo, seboso, como una graciosa bola de grasa, vestida con deplorable gusto. Pero reía siempre, parecía jovial y lleno de optimismo, que derramaba a raudales en torno suyo. Tampoco parecía saber nada del tumor oculto en Bridgetown.

¿Y el diputado por Michigan, el honorable Herb Miller? Alto, delgado, frío e inexpresivo, hubiera hecho un buen villano de obra clásica, en un escenario de Broadway, e incluso en el shakesperiano y británico Stratford-on-Avon. Pero Milly se resistía a admitir que una persona, por el simple hecho de ser poco simpática de físico, pudiera ocultar un alma envilecida. Además, Herb Miller era un político importante, y se decía de él que luchaba implacablemente contra toda clase de corrupciones.

Desalentada, Milly meneó la cabeza, diciéndose que era muy difícil controlar a toda una ciudad y sospechar de todo el mundo. Terminaría por volverse loca si pensaba así.

Se anunció por los altavoces que iba a comenzar el preliminar del gran certamen. La gente, con un mosconeo de conversaciones que subió de tono, se apresuró a ocupar sus asientos en las gradas de las piscinas. Entre ambas, un sendero alfombrado, marcaba la pasarela para el desfile de las bellezas.

Una cruda luz blanca bañó de súbito aquella pasarela, anunciando que el espectáculo iba a comenzar. Una orquestina, formada a base de casi todos los músicos de los diversos clubs nocturnos de Bridgetown, comenzó a tocar, en el estrado cercano a las piscinas.

Por los altavoces, se anunció súbitamente:

—¡Atención, señores! ¡Atención, señores! Una importante novedad de última hora en nuestro famoso certamen.

La gente alzó las cabezas, y cesó el mosconeo. Se hizo un silencio profundo, en tanto crecía la atención hacia el locutor. Milly Farrow fue una de esas personas.

El locutor anunció:

—La señorita Norah Prentiss, en una repentina decisión, ha hecho patente su deseo de participar en este concurso. Con ustedes, la voz de Norah Prentiss, la concursante que se dio de baja y que ha vuelto al concurso por voluntad propia.

Hubo aplausos. Milly Farrow enarcó las cejas, sorprendida gratamente por la decisión de la muchacha. Sin duda, sus consejos y los de Andy habían surtido su efecto. Sonrió viendo al joven rubio saltar en su asiento y correr por entre las gradas repletas hacia la entrada de las dependencias interiores.

En el altavoz sonó la voz suave, cálida, de Norah Prentiss:

—Amigos todos: Quiero participar en este concurso. Libre y voluntariamente, porque estimo que así lo hubiera querido mi padre también. Buenos amigos me convencieron de que debía hacerlo. La vida sigue y hemos de aceptar sus reglas. Solo pido una cosa al jurado: que no me dedique compasión ni simpatía por lo sucedido. Soy una más. No me gustaría obtener un título innmerecido solo por ser la hija de un hombre, Ward Prentiss, a quien alguien asesinó.

Hizo una pausa. Milly Farrow, sin saber por qué, tuvo de pronto la intuición de que algo extraño iba a suceder. De que la voz de Norah, que había ido creciendo de tono y de emoción, iba a decir algo más. Hablar por los altavoces era algo que todas habían hecho ya en días anteriores, como campaña autopublicitaria de cada aspirante. Norah, pues, estaba en su derecho. Pero lo que siguió, lo que Milly temía, quedaba por completo fuera de concurso:

—Yo sé por qué mataron a mi padre y quiénes lo hicieron... —se ahogaba casi su voz, mientras los cuellos se estiraban y los rostros se ponían rígidos, en repentina crisis de nervios—. ¡Y desde aquí, desafío a la Hermandad a que trate de hacer lo mismo conmigo! ¡Yo venceré a esa secta de criminales que anida en Bridgetown y pudre nuestra ciudad! ¡Muchos lo sabéis, muchos conocéis lo que yo digo, pero siempre os faltó el valor para...!

Hubo un clic en el micrófono, tras un ruido y un rumor de voces. Era evidente que el locutor y otros hombres habían apartado a viva fuerza a Norah del micro. Angustiada, Milly Farrow se puso en pie y corrió también hacia el lugar que antes lo hiciera Andy Spencer.

En torno a las piscinas, el rumor ahora era como una marea, como un oleaje embravecido.

Tal vez Norah no ganase nunca su título de *Miss Michigan*. Pero, evidentemente, había soltado una bomba de primerísimo calibre en la aturdida sociedad de Bridgetown.

Capítulo V

¡MUERTE!

Walter miró a sus pies con un suspiro.

Había corrido cuanto le era posible. Ignoraba si aún sería tiempo de hacer algo eficaz, pero allá abajo estaban las luces de Detroit, Michigan.

El vuelo fue rápido. Desde Detroit, un automóvil le podría conducir a Bridgetown en unas horas.

Posiblemente todo fueran temores sin consistencia por parte de Milly, Pero no podía correr el riesgo de dejarla sola frente a un posible riesgo mortal como aquel.

No le había comunicado su llegada. Ella tampoco podía esperarla, ciertamente, en tan corto espacio de tiempo.

Pero Walter Lipman acudía a la llamada de auxilio de Milly con la misma rapidez y precisión con que acudiera siempre, en sus todavía cercanos tiempos de agente especial de la C. I. A. para resolver las dificultades ajenas.

Solo que hasta entonces, esas dificultades fueron del Gobierno de los Estados Unidos o de algún país amigo.

Y ahora las dificultades eran de una mujer determinada.

Su prometida, Milly Farrow.

La más obstinada, audaz y resuelta periodista de todo el país. Pero a fin de cuentas, una mujer.

Y si realmente existían asesinos en Bridgetown. Milly Farrow iba a necesitar de los fuertes músculos, aguda inteligencia y combatividad del exagente secreto.

Por eso estaba ahora Walter Lipman sobrevolando Detroit.

Por eso, dentro de pocas horas, quizá se hallaría en Bridgetown.

* * *

Andy Spencer y Milly Farrow cambiaron una mirada, agitados. Luego, centraron sus ojos en la muchacha que, sollozando,

envolvía su cuerpo armonioso, joven y prieto, en un amplio albornoz de colores, que cubría el bañador rojo y oro con el que iba a competir en la exhibición.

—¡Eso ha sido una estupidez, Norah! —aulló la voz potente de Rufus Malcolm, jefe de la policía local, paseando por la cabina como un tigre enjaulado—. ¡Una estupidez sin sentido!

—A usted no le mataron a su padre, Malcolm —replicó ella.

—Norah, por favor —rogó Andy, interviniendo.

—Sé cómo te sentirás, Norah Prentiss —dijo Rufus Malcolm, deteniendo sus paseos. Le señaló bruscamente con el dedo—. ¡Pero eso de señalar una Hermandad, una secta criminal en Bridgetown! ¡Es grotesco! ¿De dónde te salió esta idea ridícula, pequeña?

Norah estalló en llanto, sin atinar a decir nada. Milly intervino vivamente:

—¿Y si eso fuera cierto, capitán? ¿Y si la Hermandad existe?

Rufus Malcolm se volvió hacia ella, violento. La miró con ojos llameantes, desde su cara cobriza. El blanco cabello se le revolvió al girar tan violentamente.

—¡Usted cálese, reportera! ¡Es una forastera que no sabe nada de nuestra ciudad! ¡Si se le ocurre publicar eso en Detroit, la haré procesar por libelo y por deshonar a nuestra ciudad!

—Usted sabe que estoy en mi derecho de publicarlo —replicó fríamente Milly—. Haga usted lo que quiera.

—¡Yo soy la Ley en Bridgetown, y le prohíbo publicar una sola línea de este disparate!

—Si es la Ley, debería aclarar la muerte de Hawks, de Prentiss, del telegrafista... así como la explosión de la Factoría Renworth, los incendios de Hamilton-Sons y de Woody Gregson, el atropello mortal de los hermanos Robson...

—¿Está loca? —aulló el policía, con una evidente palidez bajo la epidermis, en tanto Andy Spencer y Norah la miraban con estupor ante sus conocimientos de los casos locales sin resolver—. ¿Ha escarbado en todo eso para atribuirlo a una *Mafia* local, señorita Farrow?

—Sí —sostuvo glacialmente ella—. ¿Puede darme un motivo plausible, un responsable conocido en tales casos?

—Bien sabe que no. Si ha estudiado esos casos, los eligió precisamente porque son los «no resueltos».

—Demasiados casos «no resueltos». —Milly señaló a Norah con simpatía—. Estoy con ella, capitán. Creo que Norah Prentiss tuvo razón. Y que la crisis provocada por sus palabras va a servir de buen revulsivo para que toda la ciudad se dedique ahora a indagar la forma de poner en claro ciertas suciedades que siguen ocultas aquí.

—Es un disparate, un disparate —jadeó Rufus Malcolm, dirigiéndose con paso violento hacia la puerta—. Todos tendrán que responder de estas fantasías. La Ley no acepta teorías de locos, señorita Farrow.

—Ella sabe, como yo misma, que esa Hermandad existe —murmuró Norah, con sequedad—. Mi padre me habló de ella antes de morir.

Rufus, con una imprecación, salió de la estancia. Andy Spencer extendió las manos, en un ademán de disculpa hacia su tío.

—Deben comprenderlo. Aunque él sospeche algo, no puede admitirlo. Y menos aún tras el revuelo ocasionado. Creo que el concurso se ha aplazado. No habrá desfile, ni se elegirá *Miss Michigan* esta noche. ¿Por qué hiciste eso, Norah?

—No lo sé —gimió ella—. Tuve la necesidad de hacerlo, de estallar de una vez...

—Pues estalló, y bien —suspiró Milly—. Ahora las cosas van a ser muy difíciles. Para los tres.

—¿Los tres? —saltó Andy, sorprendido.

—Me temo que sí. Ahora ya se sabe que Norah conoce la verdad. Ha retado a la Hermandad. Nosotros hemos admitido conocer esa misma verdad y unirnos a Norah. ¿Cree que la sociedad va a dejarnos por ahí, hablando libremente de lo que hasta hoy fue tabú?

Andy Spencer ponderó ese aspecto de la cuestión. Al final, meneó la cabeza con aire vacilante.

—Lo sé... —musitó—. Es una situación seria, la verdad. Pero solamente mi tío está enterado de que nosotros conocemos la verdad, Milly. Es Norah quien realmente peligra. Ella sola, que propagó a los cuatro vientos su saber.

—Sí, posiblemente —Milly movió la cabeza—. Pero yo no me fío de nadie, Andy.

—¿Ni de mi tío?

—Ni de él —sonrió duramente la periodista.

Andy parecía a punto de replicar. Pero sin duda lo pensó mejor,

y terminó por mover la cabeza, con expresión de tolerancia.

—Sí, claro —terminó por decir—. Después de todo, solo es tío mío. Y el hecho de ser jefe de policía, no le exime por completo.

—Claro que no. En un sitio donde todo está corrompido, también puede estarlo la autoridad. Y todos los demás, quienquiera que sean...

—Milly tiene razón —habló Norah, gravemente—. Papá era un hombre respetable para todos. Y él... él tuvo tratos con la Hermandad, recibió dinero de ella...

El llanto ahogó sus palabras. Ese punto era el más doloroso para Norah. Milly habló seriamente a Andy:

—Llévela a casa. Y vigile cuanto le sea posible, de ahora en adelante. Creo que dijo la verdad por los altavoces, pero esa misma verdad puede volverse contra ella. A mucha gente no le habrá gustado nada lo sucedido. Y no solo porque la fiesta se interrumpiera...

Andy tomó consigo a Norah, y salieron ambos de la cabina. Milly les vio salir, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Pero esa muchacha es admirable —se dijo—. Tiene un valor rayano en la temeridad. Algo que les haría mucha falta a los hombres de Bridgetown...

Y decididamente, salió tras ellos. No quería perder de vista a Norah Prentiss, después de lo sucedido aquella noche, en el fracasado certamen de belleza femenina.

* * *

El pabellón deportivo se hallaba situado cerca del centro urbano, pero la carretera desde Bridgetown hasta allá, se extendía cosa de una milla entre setos, residencias en sombras y *cottages* de verano, frente al lago, que solamente permanecían habitados durante la temporada de vacaciones estivales.

Ahora el automóvil de Milly Farrow avanzaba a buena velocidad, no lejos de donde lo hacía el de Norah y Andy. Los ojos de la bella reportera no se apartaban de las luces traseras del coche de Norah Prentiss, como guía para comprobar que no les perdía de vista.

Llegó una cerrada curva, de nula visibilidad, y el coche de Norah la dobló, desapareciendo de su vista. Había aún una franja

recta de asfalto ante Milly, y la joven aceleró, avanzando velozmente hacia la curva, para rebasarla pronto.

En dos ocasiones había tenido la desagradable impresión de que, a su vez, era seguida por otro coche. Pero las dos veces que miró atrás no halló ningún vehículo sospechoso. Un automóvil oscuro la rebasó en una ocasión, y otro había pasado en dirección opuesta a la suya, también de color oscuro y forma similar al anterior.

Eso era todo. Detrás, la carretera aparecía desierta.

Claro que también otra curva, no, lejana, dejada a su espalda, podía ocultar a algún seguidor, pero...

Apartó de sí esas ideas. Viró en la curva, enfilando otro trecho recto de carretera... y rápidamente echó el freno. El coche se detuvo en seco.

Perpleja, miró en derredor. No se veía ni rastro de coche alguno. Naturalmente, ni siquiera del de Norah Prentiss.

Confusa, apretó los labios, preguntándose qué podía haber sucedido para que el automóvil se eclipsara. Miró en derredor hasta el alto macizo de setos de las dos residencias inmediatas a la cuneta del sendero asfaltado.

Detrás de ella, un haz de luces centelleó contra los parapetos de la curva. Milly, alerta, estiró la mano, abriendo la caja del *tablier* con rapidez. Aferró una pequeña pero eficaz pistola automática, de calibre 25. Esperó, tensa, con los labios apretados, y encogiéndose dentro del coche.

El automóvil cruzó rápido ante ella, perdiéndose en la carretera. Le pareció oscuro y grande, igual que los anteriores. Quizá era el modelo que más abundaba, y se dejaba llevar por un exceso de recelo.

Pero lo cierto era que el coche de Norah Prentiss y su prometido seguía tan eclipsado como antes. Milly, resueltamente, abrió la portezuela de su automóvil y saltó al asfalto.

Caminó, sigilosa, estudiando el lugar. La oscuridad y la soledad eran tan profundas, que impresionaban al ánimo más resuelto. Milly lo era, pero no pudo evitar un estremecimiento.

A pesar del juguete mortífero que esgrimían sus dedos, pensó en lo fácil que le sería a cualquier criminal atacarla ahora, en aquel paraje desolado, lejos de toda protección.

Sin embargo, no tuvo miedo. No el suficiente para emprender la

huida con su coche. Seguía pensando en Norah, en Andy...

De súbito, giró la cabeza, con la expresión tensa, los ojos dilatados por el horror.

El silencio se había roto de pronto. Con dos secos estampidos. Dos disparos de pistola, que retumbaron en la noche violentamente. Sus ecos se perdieron entre la espesura.

Milly escuchó. No se percibió nada más. Ni un ruido, ni una voz, ni el sonido de unos pasos. Nada en absoluto. No estaba segura de que entre las detonaciones no hubiese llegado algo, como el gemido de una voz aguda, de mujer tal vez. Eso no era seguro, pero sí los disparos.

Disparos procedentes de su derecha. De algún lugar, al otro lado de aquellos setos...

Podía utilizar la lámpara eléctrica para estudiar el terreno, pero una luz delataría su presencia a cualquier tirador oculto. En vez de eso, caminó sigilosamente, acercándose a los setos. Estos no ofrecían paso posible para un automóvil.

Los recorrió, pegada a la vegetación, pistola por delante. De pronto, vio en la oscuridad que el seto no era tan continuado como parecía a primera vista. Una ancha grieta, entre dos tramos del alto seto, formaba una especie de pasaje, que se internaba en el bosquecillo.

Milly se detuvo, tensos los nervios. En la oscuridad, allá al fondo, captó el brillo tenue de unas lucecitas rojas.

Las luces traseras de un coche parado. La idea le acució rápida. Escuchó, sin aventurarse por el sendero tenebroso. No percibió voz ni ruido alguno.

Decidida, se aventuró por aquel angosto paso. Vio hojarasca y ramas en el suelo. Le pareció pisar sobre unas huellas de neumático en el blando suelo. Por allí debió penetrar el automóvil de Norah. Y, evidentemente, no por voluntad de sus ocupantes.

Milly cubrió la distancia hasta el automóvil, sin dejar de caminar entre altos setos que formaban como un muro a los dos lados del camino semioculto entre la espesura.

El automóvil estaba allí. Su motor aún ronroneaba suavemente, sin haber parado su funcionamiento. Era un claro casi circular, entre setos y árboles. Un *cottage* desierto aparecía al fondo. Uno de esos chalets estivales, desiertos en aquella época del año.

Milly estudió el terreno en derredor. Sus ojos, habituados ya a la oscuridad, no captaron presencia sospechosa alguna. Aunque de haberla habido, era difícil que ella la encontrara si la persona en cuestión quería ocultarse.

Pisó firme, hasta llegar al coche. No había nadie al volante ni en el asiento inmediato, donde iban Andy y Norah.

Abrió la portezuela...

Y un grito de horror escapó de sus labios.

* * *

Al tirar de la hoja metálica de la puerta del coche, un cuerpo se tumbó, resbalando del asiento, para caer con pesado choque a sus pies. Milly reculó, con un chillido de nervios quebrados.

La luz del *tablier*, mortecina pero suficiente para captar la auténtica forma de las cosas, le reveló el rostro tirante, ensangrentado, de un hombre de mirada vidriosa y horrible.

¡Andy Spencer, el rubio y joven prometido de Norah Prentiss!

Era indudable que estaba muerto.

Lo mismo que la hermosa Norah Prentiss, con su bañador rojo y oro, con su albornoz descuidadamente sobre sus formas, abatida entre el volante y el asiento, hecha un ovillo en el fondo del coche... y con el rostro igualmente cubierto de sangre, que rodaba desde la herida de su sien.

Milly Farrow sintió un temblor helado, recorriendo su cuerpo ante la espantosa escena. Andy Spencer, como un guiñapo, se quedó quieto, estirándose a sus pies, con la distensión de la muerte.

En aquel mismo momento, las ramas crujieron a su espalda. Unos pasos cautelosos hollaron el suelo...

Milly Farrow se volvió en redondo, esgrimiendo su pistola, dominando su terror como mejor pudo.

No llegó a utilizarla. El enemigo disparó antes. Retumbó el tercer disparo en la noche, oscura y siniestra.

Milly perdió su pistola, sintiendo un choque brutal en los dedos, que repentinamente le parecieron muertos, inexistentes en su mano, que colgaba flácida. Algo goteó, caliente y denso, de uno de los dedos.

Ante ella, el hombre de sobretodo oscuro, sombrero sobre el rostro, y pañuelo negro o muy oscuro, subido hasta el puente de la

nariz, la apuntaba con su revólver oscuro, humeante todavía.

Unos ojos crueles, malévolos, la estudiaron desde detrás del pañuelo.

—Llegó tarde para ayudar a sus amigos, entrometida. E incluso para ayudarse a sí misma.

—¿Quién es usted?

El otro rio sin decir nada. Su mano izquierda salió del sobretodo. Tiró algo, que revoloteó hasta caer a los pies de Milly. El reflejo del *tablier* del coche trágico, le reveló lo que era, aunque ya lo había temido así antes.

—La... La tarjeta negra —jadeó—. La marca de la Hermandad...

—Es muy lista. O muy tonta —rio el asesino—. Sí, es la sentencia, Milly Farrow. Y yo el ejecutor. Ya han caído Spencer y la Prentiss. Ahora, usted...

—Bien —se irguió con una última rebeldía—. Dispare, entonces. No temo a su maldita pandilla de asesinos. Yo no tengo miedo a nadie.

—Chica valerosa, ¿eh? —el otro soltó una breve y ronca carcajada—. ¿Sabe una cosa? Si no supiera demasiado podría dejarla con vida. Tal vez lo haga aún... si me promete no revelar esto en su periódico.

—No lo prometo —replicó ella—. Dispare.

—Bueno —gruñó el sectario, alzando el arma—. No me deja otra alternativa, ¿eh?

Amartilló el arma. El siguiente movimiento sería apretar el gatillo.

Y Milly Farrow caería muerta.

Ella cerró los ojos. Era valiente, muy valiente. Pero no se sentía capaz de esperar a la muerte con los ojos, abiertos, mirándola de cara.

A sus pies, la calavera de la negra tarjeta parecía mirarla con sus cuencas vacías, esperando un nuevo ser en su reino de tinieblas eternas...

Capítulo VI

WALTER

Fueron dos disparos. Secos, estruendosos.

Dos estremecimientos de Milly Farrow acogieron el doble estampido de arma de fuego. Próximo y mortífero. Como no podía ser de otro modo...

Se sorprendió, sintiéndose en pie, a pesar del frío glacial que hería sus miembros, a pesar del temblor nervioso de sus rodillas, de sus labios trémulos, bajo las manos que súbitamente habían cubierto el rostro, crispándose en un gesto final.

Después, pasó algo extraño. Oyó una queja, un estertor ronco, el choque de un cuerpo en tierra. Algo rebotó en el suelo, cerca de sus pies.

Milly abrió los ojos. Esperando hallarse en un mar de niebla mortal. O quizá en el filo mismo entre la vida y la muerte...

Pero no vio nada de eso. Sus ojos dilatados, incrédulos, captaron la forma del hombre de sobretodo oscuro, de rostro enmascarado, hecho un ovillo en la tierra, no lejos de ella. Allí mismo donde, erguido, arma en mano, fuera como un verdugo inexorable, enviado por la Hermandad para terminar con ella de modo definitivo.

Cerca de la punta de sus zapatos yacía el revólver con el que amenazarán su vida.

Y más allá...

Más allá, un nuevo personaje. Un hombre con una voluminosa, negra, plana automática de tipo «Luger Parabellum», humeando tras el doble disparo.

Un doble disparo del que ella no era el blanco... sino precisamente su enemigo, el sectario que la hubiese matado, de no mediar aquella providencial intervención del milagroso desconocido.

¿Desconocido?

No, no... Aquel no era un desconocido. A medida que avanzaba la figura alta, musculosa, recia y firme, algo en ella le pareció

familiar, conocido, entrañable, lleno de fuerza, de seguridad, de...

—¡Walter! —gritó—. ¡Walter Lipman!

—Hola, querida —saludó una voz burlona, que conocía muy bien—. ¿Llego a tiempo?

—¡Walter! —gritó roncamente, tirándose en los brazos del hombre armado que surgía de la noche lo mismo que un fantasma imposible, vertiginoso, como un salvador irreal, surgido de la nada misma.

Y Walter Lipman, el hombre de Washington, la acogió en sus brazos, cariñoso, afectuoso, lleno de ternura y de fuerza a la vez.

Milly Farrow, por primera vez en aquellos días, se sintió segura. Plenamente segura, entre los musculosos brazos masculinos. Y de repente, con una reacción muy poco a tono con su valor, pero muy normal en cualquier mujer del mundo que no es tan fuerte como realmente ha creído ser, rompió a llorar.

* * *

El momento de flaqueza apenas si duró unos segundos. Ciertamente, no llegó al minuto.

Después, Milly Farrow contuvo su llanto, se dominó con toda la energía de que era capaz, y miró fija, intensamente, a Walter Lipman, el atleta moreno surgido de la noche, en el momento más decisivo de su existencia. El que pudo ser el último...

No lo había sido, gracias a Walter Lipman, el hombre providencial. Después de despegar sus labios de los de él, la pregunta fluyó natural, espontánea, a la boca de la bella periodista:

—¿Cómo, Walter? ¿Cómo ha sido posible que... que llegaras precisamente ahora?

Lipman sonrió, con expresión grave. Luego declaró escuetamente:

—Un poco casual. Y un poco estudiado.

—¿Estudiado?

—Sí. Te vengo siguiendo hace rato, Milly. En el pabellón de natación me dijeron lo sucedido. Corrí en pos tuyo. Acabo de llegar de Detroit, ¿sabes? Hace dos horas que el avión de Washington me dejó allí. ¿No has visto un coche negro que se cruzó tres veces contigo?

—Un coche negro que... ¡Sí! Pero iba en direcciones opuestas —

dijo ella, sorprendida.

—No importa. Era yo. Te pasé, volví junto a ti, y te volví a pasar. Luego ya no te hallé. Pero dejaste el coche, y era el rastro. Encontré el pasaje en los setos. Había creído oír disparos ya antes. Te vi aquí, oí la charla con ese asesino... y disparé.

—¡Dios mío! ¿Le has matado?

—Sí, yo siempre disparo a matar con gente como él.

—Debí imaginarlo.

—Cuando era de la C.I.A., las órdenes eran estas: tirar a matar antes de dar la oportunidad al otro de que te mate. Está claro que ese hombre mató ya a dos personas. Y quizá iba a hacer lo mismo contigo.

—¿Quizá? —se escandalizó ella—. ¿Quizá, has dicho? ¡Iba a hacerlo, Walter!

Él frunció el ceño, mirando a su novia. Luego estudió al caído. Meneó la cabeza de un lado a otro, pensativo.

—No sé, querida... No sé... ¿Por qué te quitó entonces el arma... y te habló de una estúpida promesa que salvaría tu vida?

—No te entiendo.

—Claro está, Milly. Si tú prometías guardar silencio, ante un arma y un asesino, no te obligabas a nada moral ni materialmente. Era una garantía absurda, casi infantil. ¿Por qué quería él semejante cosa? Es lo que no logro entender.

—Yo tuve siempre la seguridad de que me mataría de todos modos —gimió Milly.

—Las mujeres a veces os equivocáis. Pero tal vez fuese así —Walter se encogió de hombros. Miró duramente al caído sin la menor compasión por él—. Lo cierto es que ya no hará nada en este mundo. Veamos ahora a sus víctimas de hace un rato.

—Son Nora Prentiss y su prometido Andy Spencer —explicó roncamente Milly—. Los asesinaron fríamente. Alguien debió meterles aquí con algún truco. Seguramente ese mismo hombre al que tú has eliminado, Walter...

Él no respondió. Estaba inclinado sobre los dos cuerpos. Examinó primero a Andy Spencer. Luego, a Norah.

Se volvió despacio hacia Milly. Le pidió:

—Ayúdame, Milly. Vamos a trasladarles a tu coche y partiremos hacia la ciudad. Ten, cuidado con ella.

—¿Cuidado? —parpadeó Milly Farrow, sorprendida—. ¿Para qué?

—Me sorprendes, Milly —sonrió duramente Walter Lipman—. A Andy Spencer le importará poco la forma en que lo llevemos. Está muerto.

—¿Y... ella?

—Ella, no. Norah Prentiss vive todavía.

* * *

El coche devoraba la distancia hacia el centro urbano de Bridgetown. Walter Lipman era un gran conductor. A veces, escalofriante. Conducía con una seguridad y desprecio de su vida realmente asombrosos.

—Todavía no lo entiendo —musitó Milly Farrow—. Para mí, los dos estaban muertos, Walter.

—Por eso te dije que me sorprendías. Tu femenina intuición, tu espíritu observador y analítico falló en esta ocasión. ¿No te diste cuenta de que Nora Spencer, en realidad, solo tiene un rasguño en la sien, el roce de una bala que, milagrosamente, no llegó a tocarla mortalmente, como era de suponer en un noventa y nueve por ciento de casos similares?

—Sinceramente, no. Su sangre, su palidez, me parecieron las de un cadáver. Exactamente igual que en Andy Spencer.

—Aparentemente, era el mismo caso. Pero ya te digo que era algo milagroso. La chica tuvo más suerte que su novio. La bala la hubiera matado, solo de profundizar un poco más. No fue así, y está a salvo, aunque una vena rota sangrase tanto. Está débil, inconsciente... pero se salvará. Sobre todo, si la atienden a tiempo y no hay otras lesiones.

—¡Dios sea loado! La pobre Norah salvó su vida...

—A veces ocurren cosas así. Esperemos que eso no sea solamente un aplazamiento en la sentencia.

—¿Qué quieres decir? —se volvió ella vivamente, contemplando su bronceo perfil.

Sin apartar los ojos de la cinta asfaltada que barrían los faros del coche, replicó Walter Lipman:

—Por lo que me han contado, Norah Prentiss no tuvo pelos en la lengua al hablar por los altavoces. La Hermandad actuará

seguramente por segunda vez, para silenciarla de un modo definitivo, Milly.

La periodista inclinó la cabeza. Esperaba también algo así. El hecho de que Walter a los pocos minutos de estar en los alrededores de Bridgetown, hablase de ello, revelaba algo concreto: que el peligro existía, se presentía en el aire. Y que la vida de Norah, porque los sectarios hubiesen fallado una vez, no significaba que estuviese definitivamente a salvo...

Habría sin duda un segundo golpe. Y la muerte no acostumbraba a fallar por dos veces...

* * *

Los tres hombres se mantuvieron en silencio, en el clima tenso, agobiante, del recinto blanco, con olor a desinfectantes, con su inconfundible aroma a ácido fénico.

Las paredes de baldosas y de esmaltado blanco, les rodeaban como algo frío e inhóspito. Todos esperaban. Pero los tres hombres parecían particularmente nerviosos, frente a la serenidad glacial del hombre macizo, erguido, dueño de sí, que se mantenía en pie ante la vidriera de comunicación con otra sala del hospital, desierta en aquellos momentos.

Milly Farrow, en un asiento arrinconado, parecía asistir como simple testigo a la escena. Sus ojos recorrieron en silencio los rostros tensos de Rufus Malcolm, jefe de la policía local, de Corey Griffith, el obeso alcalde, y del enjuto y antipático Herb Miller, diputado por Michigan.

Frente a ellos, Walter Lipman parecía una estatua en bronce, dura e insondable, que esperase la reacción de las tres máximas personalidades políticas y legales de la población. Porque Herb Miller, además de diputado por Michigan, era también juez local.

—¿Está seguro de lo que dice, Lipman? —indagó roncamente Herb Miller al fin.

—Claro. Tengo cadáveres que prueban mis asertos. Y esa muchacha, Norah Prentiss. La Hermandad existe. Actúa mortalmente, a la sombra de la presunta paz de Bridgetown. Mi propia novia, Milly Farrow, hubiera muerto esta noche, de no llegar yo a tiempo, mucho antes de lo que ella misma podía esperar...

—Increíble —jadeó Corey Griffith, el alcalde, temblando su

sebosa corpulencia casi esférica, sostenida difícilmente por sus cortas piernas—. Increíble todo, Lipman. Una ciudad llena de sosiego, de paz, de honorables personas... ¡Minada por la *Mafia*!

—De su ciudad, mucha gente sabía ya eso. Como Hawks, como Prentiss y su hija, como tantos y tantos otros... —Walter Lipman entornó los ojos, duros y fríos como trozos de acero—. Pero el miedo es una buena mordaza en cualquier lugar del mundo. Con esa carta en la mano, la Hermandad ha jugado siempre ventajosamente contra cualquier posible adversario.

—Pero... ¿dónde radica esa hipotética Hermandad? —interrogó el capitán de la policía local, Rufus Malcolm. Parecía el más afectado, por la muerte violenta de su sobrino Andy—. ¿En qué lugar de la ciudad puede hallarse un rastro que lleve a su desarticulación?

—Usted es oficial de policía —replicó secamente Lipman—. ¿Por qué me pregunta a mí, capitán Malcolm?

—Le confieso que no sé qué hacer —mesó sus cabellos blancos con dedos crispados—. Quería mucho a Andy, mi sobrino. No... No entiendo lo que ocurre aquí. Antes de ahora, confieso que oí hablar de que algo raro sucedía aquí, en Bridgetown. Pero... Pero admitir que ello fuese... hasta ese grado...

—Pues ha sido. Una secta secreta es como un pulpo de largos tentáculos. Un estado social o político demasiado débil o corrompido, permite que se desarrolle. Es como el tumor en un cuerpo enfermo. Así se desarrolló en su país de origen. Así llegó a nuestra patria. No es la primera vez que hemos de combatirlo. Otras veces se venció luchando contra la corrupción pública, contra los políticos podridos y contra toda clase de enemigos.

—Oiga, Lipman, ¿qué sugiere? —se irritó el alcalde Griffith—. Si Prentiss, cuando fue alcalde, tuvo la debilidad de servir a esa secta de lucro organizado sobre el crimen y el terror solapado, yo no he sido nunca un colaborador de la *Mafia* local... si es que existe.

—Existe, sí. No hay duda alguna. Está fuera de discusión, alcalde Griffith. Pero hay algo más. Usted tal vez no les sirva. Habrá otros, tan poderosos como usted o más, bien política o económicamente, que apoyarán al monstruo de mil tentáculos.

—¡Lipman! —aulló Herb Miller—. Yo soy la máxima figura política de esta ciudad. ¿Sugiere que puedo estar ligado a ellos de

algún modo?

—No sugiero nada. Podría estarlo. O puede ser su peor enemigo, no lo sé. No puedo fiarme de nadie.

—Lipman, si sigue hablando así, con *Mafia* o sin ella, le expulsaremos de Bridgetown —le recordó duramente el capitán Rufus Malcolm.

—¿Precisamente usted ha de decir eso? —replicó vivamente Lipman, clavando en él sus violentos ojos de fuego—. ¿Es un tributo al cadáver de Andy?

Rufus se mordió los labios, palideciendo. Desvió la mirada. Griffith estalló, encarándose con Lipman:

—Malcolm quizás tenga razones para callar, por el dolor de la muerte de su sobrino. ¡Pero yo no, Lipman! Y no le temo. Ni a usted ni a nadie, porque nada tengo de qué avergonzarme, ¿lo entendió? De modo que dirija en otro sentido sus disparos.

—No he disparado aún... sino sobre un asesino que está muerto —rio Lipman glacialmente—. No me gusta disparar palabras, sino balas. Y creo que dispararé muchas en Bridgetown, si las cosas siguen así.

—Cuidado, Lipman. No se propase —avisó fríamente el diputado Miller—. Su actitud tal vez no dañe a la supuesta *Mafia* pero dañaría mi posición política seriamente. Debo oponerme a violencias incontroladas. Puedo ser yo quien dicte su expulsión legal de Bridgetown.

—Inténtelo —rio Walter Lipman con tono hosco—. Inténtelo, señor Miller, y quizás pierda su candidatura para Washington. No olvide que yo vengo de allá...

Y dejando a los tres prohombres con un aire común de inquietud, se inclinó sobre Milly, la tomó del brazo, y salió con ella de la estancia, sin atender más a ninguno de ellos.

La puerta blanca, de vidrio escarchado, se cerró de golpe tras él.

* * *

—Pueden hablar con ella —sonrió el doctor Kellaway, director del Hospital de Bridgetown, y a la vez, forense de la localidad también—. Pero está aterrorizada y muy débil por la sangre perdida. No se extiendan demasiado con ella, ténganlo presente.

—Sí, doctor. Gracias, de todos modos —habló Lipman, mientras

entraba en la habitación destinada a Norah Prentiss, sin soltar el brazo de Milly Farrow.

Una vez dentro, sí la soltó para ir hacia el lecho con paso firme. Norah, ya consciente, pero muy pálida, y con ojos dilatados por el temor, le miró inquieta. Tuvo un instintivo encogimiento; se cubrió aferrando la sábana con mano crispada.

—No, no... —jadeó roncamente.

—No tema nada —sonrió Walter Lipman—. Soy el novio de Milly Farrow, su amiga. Me llamo Walter Lipman. He venido de Washington para ayudarla. Lo único que lamento, es no haber llegado antes, y haber podido evitar algunas otras cosas...

—No disimule —gimió ella—. Sé lo que quiere ocultarme. Mataron... Mataron a Andy, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabe?

Los ojos de Norah se cubrieron de lágrimas. Inclino la cabeza.

—Sentí su grito, su caída, cuando ya aquel hombre horrible disparaba sobre mí —susurró roncamente—. Era un enmascarado de sobretodo oscuro. Llevaba un pañuelo o algo así...

—Lo sé. Está muerto.

—¿Muerto? —levantó la cabeza, sorprendida—. ¿Muerto... nuestro agresor?

—Sí, Norah —añadió suavemente Milly—. Walter llegó a tiempo. Lo mató. Y salvó mi vida... Así, pudimos salvar la suya después. Pero con Andy, nada era posible hacer ya. Nadie podía hacerlo, ¿entiende?

—Entiendo, sí. Lo temía. Lo temí al creer que moría, cuando disparó sobre mí. Y me dirigí a lo que creía la Eternidad, pensando que había arrastrado a Andy conmigo, por culpa de mi temeridad de anoche. Fue... Fue todo por lo que hablé por los altavoces, ¿no es cierto?

—Bueno, eso pudo precipitar las cosas —la calmó Walter—. Pero no provocarlas. La *Mafia* tiene sus normas fijas. Actúa siempre contra todo el que es peligroso. Usted, como hija de Ward Prentiss, era ya evidentemente peligrosa para ellos. Podía saber mucho, a través de su padre.

—Ojalá supiera más. Él me habló de unas pruebas que existían contra la Hermandad. Pero no sé dónde están. No quiso decírmelo, por no complicarme peligrosamente... Pobre papá.

—Recuérdelo siempre con orgullo —suspiró Walter Lipman—. Creo que su gesta, al enfrentarse a la muerte resueltamente, inició la limpieza.

—¿Limpieza?

—Sí. He venido a ayudarles con mi escoba —rio Walter, palmeando su americana, ligeramente abultada bajo la axila izquierda—. Una escoba de calibre 40, que utilizaré sobre todo el que me resulte sospechoso. Es lo bueno de mí. Estoy habituado a enfrentarme con lo peor. No crea que vacilaré en barrer despiadadamente. Caiga quien caiga...

Norah se estremeció, volviendo a bajar la cabeza. Lágrimas gruesas resbalaban por sus mejillas, tersas y pálidas.

—Ahora, muchacha, ¿quiere decirme cómo sucedió aquello? —pidió Walter—. Milly les seguía, cuando tras la curva de la carretera, ya no les vio. ¿Qué sucedió realmente?

—Conducía yo entonces —explicó Norah, con otro estremecimiento—. De repente, vi a un hombre tendido en el asfalto. Frené en seco. El hombre se incorporó, antes de que pudiera reaccionar. Subió al estribo, me encañonó y me obligó a virar por aquel pasaje entre setos, poniendo el arma sobre mi sien. Andy tampoco pudo hacer nada...

—¿Y una vez dentro de la espesura?

—Me hizo frenar. Apuntó sobre Andy y disparó. Caía él, cuando giró el arma hacia mí, e hizo fuego por segunda vez. Yo grité, estoy segura, y traté de eludir el disparo...

—Pues sin duda, lo logró —sonrió animoso Walter Lipman—. Serénese. Eso es todo, Norah. Me intrigaba saber cómo ocurrió. Ahora sabemos ya que les esperaban, y que ese mismo criminal esperaba igualmente a Milly, que iba tras de ustedes.

—Pero muerto ese hombre... ¿cómo espera obtener una pista que le lleve al resto de la Hermandad? —pidió Norah, angustiada. Miró en torno y tembló—. Tengo miedo, Lipman. Mucho miedo.

—¿Miedo a qué?

—A esos hombres. Pueden atacarme de nuevo...

—Posiblemente lo hagan. Deberá estar dispuesta a defenderse. Con uñas y dientes. ¿Sabe manejar un arma?

—No...

—No importa —de otro bolsillo, extrajo una automática plana,

pequeña. Como la que Milly había intentado utilizar estérilmente, frente al asesino de la espesura—. Es para usted. Utilícela lo mejor que sepa, llegado el caso. Guárdela bajo la almohada. Y si algo ocurre, no dude en disparar. A veces, la suerte ayuda, Norah.

Ella guardó el arma bajo la almohada. Walter Lipman, más tranquilo, se volvió a Milly.

—Nos vamos ya, querida. Creo que Norah podrá defenderse, llegado el caso. Y nosotros, tendremos mucho que hacer ahora en Bridgetown.

—¿Mucho que hacer? —preguntó Norah, desde el lecho. Le miró con ojos muy abiertos—. ¿Qué es lo que harán, Lipman?

—¿Aún lo pregunta? —rio él duramente—. Dar con el siguiente rastro que nos lleve hasta la Hermandad, naturalmente...

Capítulo VII

RASTRO

Walter Lipman contempló con fijeza a Milly Farrow.

—¿No crees que esto puede perjudicar tu reputación, frente a la sociedad local, Milly?

Ella negó, con firmeza.

—Me tiene sin cuidado mi reputación, Walter. Desde hace años, eso no me preocupa lo más mínimo. Lo importante es estar en paz con mi conciencia. Y eso, por fortuna, está en orden.

—Muy bien. Si es así, seré vecino tuyo de alcoba —sonrió Walter—. Y tendrás corrido el pasador de tu puerta de comunicación, por si tengo que pasar con urgencia de la mía a la tuya. Yo también tendré mi pasador quitado.

—De acuerdo, Walter —sonrió ella, mirándolo fijamente a los ojos—. Confío en tu caballerosidad, por supuesto...

—Haces mal —rio él, estudiando la bella figura de su prometida, bajo la ceñida bata que se amoldaba a sus caderas y su breve cintura—. Muy mal, Milly. Cuando se tienen tus encantos, la caballerosidad es muy difícil... incluso en un tipo llamado Walter Lipman.

—¡Tonto! —rio la joven, inclinándose y besándole con calor en los labios.

Walter le devolvió el beso, y se echó luego atrás, con un gesto de recelo.

—Cuidado —avisó—. Empiezas a hacer peligrar mi caballerosidad, Milly. ¿Quieres volver a tu dormitorio?

—Está bien, señor ogro. Volveré. Pero no creí que fueses tan débil... en ese terreno.

—Entonces, es que no te has mirado en un espejo, Milly.

—A veces lo hice. Nunca pensé que pudiera turbar a los hombres.

—Lamentable. Toda tu agudeza con los demás, te falla contigo misma, querida. Deberías mirarte con detenimiento, créeme...

—Lo haré —rio ella, divertida—. Buenas noches, querido.

—Buenas noches, Milly —la contempló, mientras se alejaba y abría la puerta de comunicación entre ambas alcobas. Inesperadamente, la llamó—: Milly...

—¿Qué? —ella se volvió con viveza. Como si hubiera deseado esa llamada, en lo más hondo de sí. Se quedó quieta, en el umbral, mirándole con turbada expresión—. ¿Qué, Walter...?

—Milly, ¿por qué sigues en esto?

—¿En la lucha contra la Hermandad? Lo considero un deber, Walter. Como americana, como periodista, como defensora de la verdad y de la ley...

—No hablaba de eso. Hablaba de ti... como periodista ¿Por qué no lo dejas ya?

—Hemos hablado de eso muchas veces, Walter. Sabes lo que pienso.

—Sí, y cada vez lo entiendo menos. Es una locura. Eres mujer, Milly. Una mujer joven, bella, encantadora. ¿Por qué consumir los mejores años entre tinta de periódicos? Debemos casarnos. Cuanto antes mejor...

—¿Vas a insistir sobre eso, Walter?

—¡Sí! Insistiré, Milly —se incorporó, algo violento.

—Creí que habíamos tomado un acuerdo amistoso; esperar al día que yo lo resuelva por mí misma. Sin coacciones ni influencias ajenas, Walter.

—De acuerdo. Lo decidimos así... porque me convenciste de que tu labor nunca entrañaría peligros. Pero acabas de descubrir por ti misma que esa es una falsa teoría. El periodismo, cuando está al servicio de la verdad, entraña graves riesgos. Se puede incluso morir bajo el fuego de un asesino.

—Walter, una excepción no significa que...

—Escucha esto, Milly. Una excepción, ante el arma de un criminal, no significa sino la certeza de morir. Te salvaste porque yo llegué, ¿no es cierto? Eso prueba lo que digo. No hay excepciones que valgan, cuando se juega con la vida, métete eso en la cabeza.

—Tal vez tengas razón, Walter —terminó confesando ella, inclinando lentamente la cabeza—. Pero todo está tan reciente, tan confuso... Y estamos los dos metidos en esto hasta el cuello. Deja que todo termine... y hablaremos de nuevo. ¿De acuerdo, Walter?

—De acuerdo. Aunque sé que todo seguirá igual. Amas más al periodismo que a mí, eso es lo cierto, Milly.

La bella joven le miró larga, pensativamente. Luego confesó moviendo la cabeza negativamente:

—No, Walter querido, no... No es así. Pero resulta tan difícil que lo entiendas... Ahora, descansa tranquilo. Hablaremos mañana...

—Muy bien. Mañana —Lipman hizo un gesto escéptico—. Felices sueños, Milly...

—Felices sueños, Walter...

La puerta se cerró suavemente tras ella.

Los pasadores quedaron abiertos. Como una tentación. Walter Lipman resopló, nervioso. La proximidad de Milly siempre le producía una sensación rara, hormigueante y terrible.

Furioso, apagó la luz y se metió en la cama, disponiéndose a dormir.

* * *

Milly Farrow se despojó del batín. Luego, de sus prendas interiores. Se contempló en el espejo. Recordó, con su figura arrogante, turgente y sensual, lo que dijera poco antes Walter:

«Deberías mirarte con más detenimiento en el espejo...»

Ya lo hacía ahora. Y reconocía que Walter tenía razón. Poseía una generosa, bien dotada naturaleza femenina, plena de encantos y atractivo. Se estremeció al pensar en Walter.

Miró la puerta, con su pestillo corrido. Cerró los ojos, respirando fuerte, y corrió a ponerse su pijama ligero, de tejido de nylon. Se acostó rápidamente. Era mejor no pensar en Walter, o todo flaquearía... Y el periodismo, sus convicciones, su voluntad firme de seguir en su carrera, venciendo al amor y a todas las tentaciones, se iría definitivamente al traste.

No quería que eso ocurriese. Sentada en el lecho, encendió un cigarrillo, en tanto se abotonaba despacio la chaqueta transparente del pijama, sobre sus senos arrogantes.

De súbito, le hirió en la mente aquella rara, inexplicable sensación. La de que alguien la miraba...

Aunque parecía absurdo, su mirada recorrió la alcoba. Y al volverse, vio la faz del hombre.

Gritó agudamente. O quiso gritar, porque el hombre cayó

repentinamente sobre ella, saltando del interior del armario empotrado, y cubrió su boca con una mano nervuda. Otra mano se abatió sobre su torso opulento, asfixiándola casi.

Un segundo hombre, cubierto como el anterior, con un pañuelo negro hasta el puente de la nariz, emergía del armario empotrado, desasiéndose de los trajes colgados por Milly, que hasta entonces le ocultaran.

El grito de Milly se quedó ahogado en flor, con aquella mano maciza sobre sus labios. Vio, con ojos dilatados por el horror, cómo el otro hombre extraía un largo, afilado cuchillo, con el que se acercó a ella.

—Vamos —susurró el que la sujetaba—. Deprisa. Hay que eliminarla cuanto antes...

Entonces, Milly vio todavía más cerca la muerte de lo que nunca estuviera, incluso poco antes, en el bosque cercano a Bridgetown.

Y supo que ahora, Walter Lipman no podría asistirle. Descansaba, apenas separado por aquel tabique. Y sin embargo, no se enteraría jamás del peligro que corría... hasta que fuese demasiado tarde, y la muerte hubiera caído sobre ella, en aquella hoja azul, cortante, siniestra...

De súbito, la mano aflojó algo la presión. Era una oportunidad increíble, que Milly aprovechó.

Disparó un mordisco terrible contra la mano del hombre. Tan fuerte, que sintió penetrar los dientes en su carne, y percibió el aullido tremendo del herido, así como el salobre paladar de la sangre en su boca.

La soltaron. Milly Farrow chilló larga, agudamente... Los hombres, desconcertados al parecer, se miraron con inquietud. Tiró el segundo su cuchillo, sin afinar la puntería lo más mínimo. La hoja se clavó sobre la cama, no lejos del cuerpo de Milly, pero sin tocarla.

Ambos hombres huyeron, en dirección a la ventana que asomaba a la galería exterior del hotel. Una galería que corría sobre el jardín de la parte de atrás del edificio...

Milly gritaba aún, cuando la puerta de comunicación se abrió violentamente, y Walter Lipman apareció allí, armado con su pistola de gran calibre.

Los dos sectarios se volvieron, y uno juró algo, sujetando su

mano herida. Buscó luego con la zurda un arma de fuego en su chaqueta, en tanto el segundo buscaba en la fuga su escapatoria.

Rápido, Lipman disparó contra el hombre de la mano mordida. Su arma rugió, potentemente. Una roja lengua alcanzó al otro en el cuerpo e, impidiendo cualquier acción, incluso que escapara por el ventanal, rodó por el suelo, aullando de dolor.

El segundo asaltante logró ponerse a horcajadas en el alféizar de la ventana, para saltar al jardín. De abajo llegó una voz, mezclada con estridencia de pitos, carreras y llamadas de alerta:

—¡Alto! ¡Alto ahí!

El intruso, con un juramento, extrajo su arma con violencia. Rápidamente, tableteó un arma en el jardín. Se hicieron añicos los cristales, y Walter, lanzándose en zambullida sobre Milly, la aplastó contra el lecho, cubriéndola él con su propio cuerpo, en tanto las balas rompían el estuco del techo y de los muros, tras escalofriantes rebotes.

Mortalmente barrido por la ráfaga, el fugitivo osciló sobre el alféizar, y comenzó a caer, bañado en sangre.

Su cuerpo rebotó sordamente abajo, sobre los macizos de flores y el césped.

Luego se hizo el silencio. Abajo, una voz preguntó, con tono agudo:

—¡Señorita Farrow! ¿Se encuentra bien?

Ella respiró hondo, tomó aliento, y logró responder, incorporándose en el lecho:

—¡Sí, sí! ¡Estoy bien...! ¡No disparen más!

Luego se volvió a Walter, que le sonrió, animoso.

Estalló en sollozos histéricos, se apretó a él con fuerza, y no fue capaz de añadir una sola palabra más.

* * *

—Pudieron haber evitado su muerte, capitán Malcolm —comentó Walter Lipman, contemplando el cuerpo del hombre muerto en el jardín.

—¿Cree que iba a calcular lo que podía hacerse, sabiendo a la señorita Farrow en peligro? —se irritó Rufus Malcolm, volviéndose hacia Walter—. Había hecho montar un cordón de vigilancia en torno al hotel. Temía algo así, aunque no tan pronto.

—Yo también. Pero al que disparé, procuré no matarle. Está solamente herido.

Rufus Malcolm pareció sobresaltarse, sin saber exactamente la razón. Miró fijamente a Walter e indagó:

—¿Está... vivo?

—Sí. Al parecer, se llama Hendrick Mulder.

—¡Mulder! —el policía miró al caído—. Y este, Terry Norton.

—¿Quiénes son, concretamente?

—Dos ciudadanos bien situados. Con industrias, con dinero... No lo entiendo, Walter.

—Yo, sí. La Hermandad asocia gente encumbrada, no miserables. Es como un Sindicato del Crimen, donde todos se han enriquecido, coaccionando y chantajeando a los demás. Todos sus miembros importantes serán gente noble, capitán. Ya lo verá.

—¿Le hicieron algún daño a la señorita Farrow?

—No. Fallaron lamentablemente, para ser tan fácil el «golpe». Resulta raro, ¿no cree?

—¿Qué quiere decir?

—Si lo supiera... —suspiró Walter Lipman, reflexivo—. Lo cierto es que Mulder está vivo, aunque inconsciente. Debemos evitar que nadie se acerque a él, ni trate de rematarlo. Él puede conducirnos a otros miembros de la Asociación. ¿Se da cuenta de que es el primero a quien se puede echar el guante sin que esté muerto?

—En efecto, me doy cuenta... Pero no querrá insinuar que mis hombres y yo matamos a tiros de ametralladora a Norton, con la intención de sellar sus labios, ¿no es cierto?

—Por Dios, capitán, es demasiado suspicaz —rio Walter—. Una cosa es suponer que la policía local pueda pecar de ineficacia ante ciertas actividades del crimen organizado. Y otra, muy distinta, que se obre intencionadamente con el propósito de que, acaso de fallar el golpe criminal, los criminales no hablen. Sinceramente, no creo que usted sea miembro de la Hermandad, capitán Malcolm.

—Gracias. Supongo que debo agradecerle esa confianza —manifestó secamente el policía.

—Escuche, capitán. Yo mismo, acostumbro a tirar siempre a matar. Pero este endemoniado asunto es tan amplio que, prácticamente, es como un círculo cerrado, en el que giraríamos siempre, sin hallar resquicio por dónde salir o entrar. Interesa

romper una brecha, y esa puede darla un hombre, un testigo, un miembro con vida, capaz de hablar, de revelar algo referente a la Hermandad, ¿comprende?

—Sí, comprendo. Es el único rastro posible que se podría seguir. ¿Espera eso de Hendrick Mulder, su prisionero?

—Eso es. Por eso no tiré a matar en la alcoba de Milly, si bien por falta de ganas no quedó. Esas ratas me producen náuseas. Pero necesitamos a una de ellas, para que con sus chillidos nos señale la madriguera... o la forma de llegar a ella.

—Montaré guardia en torno al hospital del doctor Kellaway. Él es de fiar. Es nuestro forense.

—Eso no me basta para confiar en él —sonrió Walter duramente—. Pero no hay otro remedio que hacerlo. Monte usted su guardia. Yo montaré la mía, aunque no puedo descuidar tampoco a Milly. Y si este vuelve pronto en sí, le interrogaremos, para conocer la verdad, capitán.

—Dios quiera que ese hombre salga con vida de esto —suspiró el policía. Repentinamente, parecía mucho más viejo y cansado que nunca. Se dejó caer en un asiento, con aire abatido—. Crea usted lo que crea, Lipman, deseo que esa secta, si existe, se aniquile definitivamente. El gansterismo debe desaparecer alguna vez del país. Es una lacra, un cáncer vergonzoso de nuestra civilización. Y yo quería mucho a mi sobrino, Walter. Demasiado, para esperar pacientemente a que sus asesinos sigan matando impunemente, siempre envueltos en la sombra...

—Le comprendo, capitán. Y le creo, Milly me ha contado que Andy siempre fue un buen muchacho...

Rufus Malcolm meneó la cabeza, dubitativo. E inesperadamente, soltó la sorpresa:

—No, Lipman. No siempre fue así Andy. En eso, su novia se ha engañado. Como supongo que se engañó Norah...

—No le entiendo.

—Andy Spencer era un muchacho que andaba antes con mala gente. Dio más de un disgusto a su padre, y a mí. Se enredaba con chicas dudosas de la ciudad, con granujas y pillos... Nos costó sacarlo de algunos líos difíciles. Entonces conoció a Norah Prentiss. A poco de morir la madre de Norah, la segunda esposa del infortunado Ward Prentiss... Norah, que había visto cómo su padre

y su madre se llevaban bastante mal, creo que estaba también necesitada de algún cariño. Se fijó en Andy, y eso le hizo a él mucho bien. Cambió mucho. Se hizo juicioso, honrado, leal... Y precisamente ahora, cuando todo parecía sonreírle, y Norah hubiera sido su esposa ideal... ocurre esto. ¿No es para odiar a esos monstruos que se ocultan en el anónimo?

—Sí, ciertamente —Walter respiró hondo—. Pero hablando con honestidad, capitán Malcolm... Usted ya sabía que algo raro ocurría en Bridgetown, ¿no es cierto? Usted estaba enterado de que una fuerza oculta movía los hilos de la ciudad, ¿no es verdad?

—Sí —confesó roncamente Rufus Malcolm—. Es de esas cosas que se presienten, que se sabe que palpitan bajo la piel, aunque el mal no esté localizado, ni siquiera diagnosticado, Lipman.

—Gracias, capitán —sonrió el joven de Washington—. Sé lo que habrá sentido. Y le entiendo muy bien.

—No podía hacer nada. El propio Prentiss apoyaba a la *Mafia* local, yo estaba seguro de eso. En vez de combatirla, se dejó ganar por el dinero fácil. Claro que Prentiss no tenía tanta fortuna como aparentaba. Su primera mujer la derrochó toda en el juego. Luego, gracias a la segunda esposa, la madre de Norah, rehízo algo su vida y su fortuna.

—Casos como Prentiss habrá muchos en Bridgetown, capitán. Usted... ¿sospecha de alguien en concreto, que pueda estar apoyando a la Hermandad?

—No, no... —se apresuró a negar el funcionario—. Podría ser Griffith, el nuevo alcalde. O Herb Miller, el diputado, o el propio Abner Kenton, redactor jefe del «Lake Magazine», o el doctor Kellaway o... yo, si no supiera positivamente yo mismo que eso no es posible.

—Gracias por todos sus informes, capitán —sonrió Walter al fin—. Creo que obra de buena fe. Cuento con usted para combatir al crimen organizado en la ciudad.

—Gracias, Walter —murmuró el policía—. Gracias por tener fe en mí. Le ayudaré en cuanto me sea posible...

La madrugada se vio bruscamente alterada por un estruendo formidable. En algún lugar de la ciudad, más allá de las vidrieras del *hall* del hotel, asomadas a la calle, se vio una llamarada vivísima, que iluminó el cielo y despidió reflejos anaranjados,

durante un interminable segundo, en el que el tiempo pareció detenerse por completo.

Después, las ventanas se fueron iluminando, las gentes corrieron por las calles, y las sirenas de ambulancias y de bomberos sonaron en la distancia, hiriendo la noche con su estruendo alarmante y dramático.

—¿Qué ha sido eso? —jadeó Malcolm, muy pálido.

Se precipitó al teléfono del hotel, mientras Walter Lipman contemplaba, desde el ventanal, la dirección en que venía aquella luz flamígera. Un mal presentimiento le asaltó.

Cuando Rufus Malcolm terminaba de hablar por teléfono, y acudía descompuesto hacia Walter, en la escalera apareció Milly, descendiendo con rapidez hacia el *hall*.

—¡Walter! ¿Qué ha sucedido? —gritó la joven, dirigiéndose a su prometido.

—Una explosión, al parecer —declaró él gravemente—. Y juraría que ha sido en...

—... En la clínica, sí —asintió con voz quebrada el capitán Rufus Malcolm—. He hablado con el cuartelillo, y dicen que un explosivo se llevó parte del ala oeste del edificio del doctor Kellaway.

—¡Dios mío! —susurró Milly—. ¡Pero si aún no ha sido trasladado allí el herido!

—No. Pero hay alguien que interesa eliminar —replicó Walter duramente.

—¿Norah Prentiss?

—Eso es —el policía corría hacia la salida—. ¿Vienen ustedes, Lipman?

—Sí, ya vamos. ¿Le han dicho si ella ha sufrido algún daño?

—Al parecer, solo hay heridos leves. Y mucha confusión. Ahora sabremos si alguno de esos heridos es Norah Prentiss. Por cierto, Lipman, he dispuesto una detención inmediata.

—¿Una detención? —Walter se puso rígido—. ¿Cuál?

—La de un neoyorquino que reside hace años en Bridgetown: Cecil Rizzo.

—¿Rizzo? ¿Quién es exactamente? ¿Por qué le detiene? ¿Hay pruebas contra él?

—Es un experto en explosivos, y tiene la única fábrica local de cohetes, fuegos de artificio y todo eso. Puede sernos muy útil,

aunque no sea directamente culpable. Y se da, también, un caso curioso en él.

—¿Cuál? —se interesó Walter Lipman, que tenía el ceño fruncido y una rara luz en el fondo de sus pupilas metálicas.

—Es una especie de «protegido» de una solterona con mucho dinero. Una tal señorita Marble, dueña de un restaurante... Una dama que negó haber visto a Lemmy Hawks la noche en que fue envenenado...

Walter Lipman asintió, con gesto grave. Acababan de meterse en el coche oficial de Rufus Malcolm, que partió velozmente, haciendo aullar sus neumáticos sobre el asfalto.

—Creo que muchas cosas empiezan a aclararse, con repentina y sorprendente rapidez —declaró Lipman, pensativo, ganándose una mirada de extrañeza de Milly Farrow y del capitán de la policía local.

Capítulo VIII

TRAMPA

El destrozo no era muy grande. Pero de haber estallado el explosivo en otro lugar del edificio sanitario, pudo haber resultado catastrófico.

Todavía ardían algunos puntos del muro, una nube de denso humo negro se elevaba hacia el cielo, en el que el amanecer ponía ya pinceladas de claridad lívida, y los vidrios, cascotes y toda clase de restos del siniestro, alfombraban la avenida de árboles situada frente al establecimiento del doctor Kellaway.

El propio forense local, pálido y muy excitado, atendió a los hombres de Rufus Malcolm, con este al frente, y a Walter Lipman, serio y firme junto al policía.

—Fue repentino y horrible —explicó, aún con la mirada trémula—. Un estallido atronador, una sacudida del edificio... Al principio temí lo peor. Pero no sucedió nada, para lo que podía haber sucedido. Todo se redujo a un gran destrozo parcial, el consiguiente pánico... y algunos heridos leves entre el personal y dos o tres enfermos.

—¿Y... Norah Prentiss?

—Sin novedad —suspiró el médico—. El explosivo no era muy potente, y aunque estalló justamente en la misma ala en que ella está, no llegó hasta su piso, que queda más alto del alcance de la granada.

—Menos mal —Walter Lipman se volvió a Milly—. Tu amiga parece tener un hado benéfico a su lado. Por dos veces, ha escapado a la muerte dictada por la Hermandad.

—Pero puede haber una tercera... fatídica —musitó ella.

—Sí, puede haberla. Nuestra misión es evitarla —miró al doctor Kellaway con fijeza y añadió—: ¿No vieron a ningún sospechoso?

—No, ninguno... —denegó el médico.

—Un momento, doctor —cortó Rufus Malcolm—. Esto es importante. ¿Ha visto durante el día de hoy, en esta clínica, a Cecil

Rizzo?

—¿Rizzo? ¿El fabricante de... de...? —boqueó, al asociarlo con algo—. ¿De veras cree que...?

—No creo nada. ¿Le vio o no?

—Sí, creo haberle visto esta noche. De visita, sin duda. Consulte con mi ayudante, el doctor McDavis. Él lleva nota de las visitas, especialmente las nocturnas, que siempre son a pacientes bastante graves.

Así lo hicieron sin perder tiempo. El doctor McDavis, joven y moreno, les atendió solícito. Sí, era cierto que Cecil Rizzo había estado en la clínica. Al preguntarle a quién visitó, McDavis buscó en la lista de enfermos.

Alzó la cabeza, explicando escuetamente:

—Bueno, visitó a su «protectora», la señorita Marble, la dueña del restaurante.

—¿La señorita Marble? —aulló Rufus Malcolm—. ¿Qué hace ella aquí?

—Ingresó esta tarde —sonrió McDavis, algo desconcertado—. Un coche la atropelló en la calle mayor. No creo que sobreviva, la verdad. Y, de hacerlo, sería un ser inútil. El accidente le ha dañado de tal forma, que habremos de amputar sus piernas. No ha vuelto en sí, ni esperamos que lo haga ya, antes de ser operada...



Walter apretó el gatillo y...

Rufus Malcolm se volvió, mirando con estupor a Walter Lipman.

—¿Ha oído eso, muchacho? —indagó.

—Sí, capitán —Walter apretó los labios—. Todo coincide, ¿eh? Pero si Rizzo es de la Hermandad, la señorita Marble también, y envenenó a Hawks en su restaurante... ¿qué es lo que sucede aquí?

¿Por qué se están matando unos a otros, como si fuese una carrera sangrienta sin sentido?

—No sé. Pero Rizzo hablará cuando le arrestemos. Y tendrá que hablar claro y alto, Lipman. Ya lo verá.

—Me gustaría verlo... si eso es posible —sonrió Walter con aire sombrío.

—Es... Es como la liquidación total de una mercancía podrida, Lipman —gruñó furioso el policía.

—¡LIQUIDACIÓN TOTAL! —rugió Walter súbitamente, con ojos llameantes—. ¡Esto es! ¡Usted ha acertado, capitán!

—¿Eh? No le entiendo, Lipman. ¿Qué dije yo, para...?

—¡Liquidación total! —repitió Lipman, con rudeza—. ¿Es que no lo entiende? ¡La Hermandad... se liquida!

—Repito que no veo...

En aquel momento, un coche se detuvo ante la clínica. Era oficial. De él descendieron dos hombres, que subieron apresuradamente las escaleras, hasta detenerse junto a los doctores Kellaway y McDavis, junto a Lipman, Milly Farrow y el capitán Rufus Malcolm.

Eran el alcalde Griffith y el diputado por Michigan, Herb Miller.

—Rufus, infórmenos —pidió adustamente el alcalde—. ¿Qué ha sucedido ahora en el hospital?

—Lo haré enseguida, señor —respondió el policía—. Pero antes, debo decirles que...

—Antes de nada, soy yo quien debe decirles algo. A usted... y sobre todo, a Walter Lipman, de quien tan amigo parece ser ahora —silabeó roncamente Herb Miller.

Se volvió viva, hostilmente, hacia el joven de Washington. Le tendió un documento con energía, advirtiéndole:

—Esto es para usted, Lipman. Una orden judicial, confirmada por el alcalde de Bridgetown, declarándole persona «no grata» en la ciudad. Eso le obliga a salir de esta localidad, en el término de doce horas.

Walter Lipman le miró fríamente. Leyó la decisión judicial, firmada por Miller, como juez, y por el alcalde Griffith. Captó la sonrisa burlona, triunfal, en la rolliza faz de este.

—Muy bien —suspiró Lipman, devolviendo la orden a Miller—. Creo que está en regla. Quizás no necesite tantas horas para

resolver todo esto y limpiar la ciudad...

Capítulo IX

OTRA TRAMPA

Luego, con una breve carcajada, que dejó estupefactos a todos, y heló la sonrisa en la faz carillena de Griffith, Walter Lipman añadió, helando el tono:

—Pero trabajaron en vano, señores. No voy a irme de Bridgetown hasta que realmente lo desee.

—¿Se ha vuelto loco? —rugió Miller—. ¡Puedo hacerle salir por la fuerza... o encarcelarlo!

—Él tiene razón, Walter —avisó Rufus Malcolm—. Puede hacerlo. Y yo debo obedecerle, aunque me repugne hacerlo.

—¡Malcolm! —silabeó Griffith—. Su actitud puede costarle el cargo en las próximas elecciones, ¿ya lo sabe?

—¡Al diablo usted y las elecciones! —se irritó Rufus—. Lipman es más honrado que ninguno de nosotros. Estoy de su parte.

—Gracias, capitán —sonrió Walter—. Dije que perdían el tiempo, y es lo cierto. No hicieron más que firmar un papel mojado, señores. Su orden judicial no sirve para nada, señor Miller... frente a este documento del juez federal Howard F. Clay, sellado en Washington...

Y tendió a los estupefactos políticos un documento con el membrete de la Casa Blanca, Departamento de Justicia de Washington, D. C.

Aquel documento señalaba que Walter Lipman debería ser ayudado y protegido por todas las autoridades locales de Michigan u otro Estado de la Unión, como funcionario del Gobierno de los Estados Unidos, en misión investigadora especial.

La lividez, la furia y la convulsión, deformó las facciones de Miller y de Griffith, que se miraron como perros apaleados. Milly Farrow soltó una breve risa, que coreó de buena gana Rufus Malcolm.

—¡Diablo, es usted todo un tipo! —gruñó el policía—. Le admiro, Lipman. Les ha hecho polvo por completo...

—No puede... tener un documento así... —jadeó Miller, descompuesto.

—Olvidé mencionarles el lugar donde Walter trabajaba en Washington —sonrió Milly, traviesa—. En realidad, cuando dejó la C. I. A., por sus relevantes servicios y competencia, pasó a la Sección Jurídico-Informativa del Departamento de Justicia. Le bastó pedir ese documento, para obtenerlo sin discusiones.

—Sí. Al fiscal general le interesará mucho el resultado de mi viaje a Bridgetown —dijo duramente Lipman—. Él desea limpiar de gentuza el país, tan fervientemente como yo mismo...

Miller y Griffith se retiraron, callados y confusos, como dos animales heridos. Ya, ni siquiera parecía interesarles el suceso del hospital del doctor Kellaway.

—Victoria total —rio Rufus Malcolm—. Diablo, ese papel fue cosa seria para los buitres de Bridgetown, ¿eh? ¿Por qué esperó tanto tiempo a mostrarlo? Le convierte en algo parecido a un dios, allí adónde vaya.

—No me gusta nunca abusar de la fuerza que me dé un documento —replicó Lipman—. Ni valerme de otros méritos que los míos. Pero por si las cosas se ponían difíciles, me hice ese aval en Washington, antes de partir hacia Michigan. Veo que hice bien. Al menos, dejé para el arrastre a esos tipos...

—Hablaban usted de «liquidación total», cuando ellos llegaron, Lipman...

—Sí, de eso hablé. Liquidación entre miembros de la propia Hermandad. Pero ¿por qué? ¿Qué sucede, dentro de la organización criminal? Algo funciona mal, y los miembros se despedazan ahora entre sí. Solo nos falta llegar al fondo de la cuestión. ¿Sabe una cosa, capitán?

—¿Qué?

—Me gustaría visitar la hemeroteca local nuevamente, y leerme una serie de periódicos, en busca de determinadas noticias de hace tiempo. Luego le pediré otro favor, capitán.

—Cuente con él, aunque sea difícil. Si está en mi mano, claro.

—Está. Es referente al herido que tenemos prisionero, ese tal Hendrick Mulder.

—¿Todavía desea hospitalizarlo aquí?

—Ahora, más que nunca. Esperaremos a que hable. No

ocultaremos a nadie, ni siquiera a la Prensa, lo que esperamos de él y el lugar dónde está.

—¡Eso es una locura! Es tentar a los asesinos a que descarguen otro golpe mortal!

—Justamente —rio Walter Lipman—. Solo que nos encontrarán prevenidos, capitán. Muy prevenidos...

En aquel momento, un agente entró con premura en el hospital y se dirigió a su superior. Rufus le escuchó en silencio. Su rostro se alteró. Centellearon los ojos del capitán de la policía, con expresión durísima y violenta. Lipman le oyó jurar, furioso. Milly estudió al capitán con sorpresa, y luego se volvió hacia Walter.

—¿Sucedo algo nuevo, capitán? —indagó este, preocupado.

—¿Si sucede? —rugió Rufus—. ¡Por todos los diablos, claro que sucede! ¡Lo peor de lo peor!

—¿A qué se refiere?

—¡A Cecil Rizzo!

—¿Ha huido de Bridgetown?

—Peor, mucho peor... ¡Está muerto! Se suicidó... y al parecer, justamente cuando estalló su explosivo, o poco después.

Walter Lipman rio huecamente entre dientes. Sus ojos centellearon, vivaces, con una singular expresión de inteligencia que intrigó a Rufus y a Milly.

—Sigue la liquidación —comentó a flor de labio—, hacia el final... ¿Vamos a la hemeroteca, por favor? Eso me urge. Me urge mucho...

—¿Qué espera encontrar allí, Lipman?

—Un dato. Un dato que me falta... para llegar al fin —sonrió beatíficamente Walter.

Y ni siquiera Milly, su prometida, logró entenderle.

* * *

Walter Lipman cerró el último volumen. Se frotó los ojos.

Tenía sueño, mucho sueño acumulado, de aquella noche en blanco y sus tremendas violencias. Pero todavía quería soportar. Aún un poco más. Lo suficiente para llegar al anhelado final.

Había encontrado lo que buscaba. El dato final. La razón de muchas cosas que aún no comprendía, y que, de otro modo, le hubieran parecido monstruosas e increíbles en el cuadro mental que

se había hecho.

Cuando abandonó la hemeroteca lucía ya un sol tibio, allá por el este, tras el cemento de la ciudad y las aguas del lago.

Entró en una cafetería a tomar un doble de café bien fuerte y sin azúcar. Se lo sirvieron, contemplándole los madrugadores camareros como a un fantasma que se arrastrase por las calles.

Lipman escuchó el boletín de noticias por la radio. Dio lo referente a casi todo cuanto había vivido personalmente la noche última. Terminaron con el hallazgo del cadáver de Cecil Rizzo. Y con un nuevo informe, que Rufus Malcolm no le había dado a él, quizá porque llegó más tarde a sus manos:

—«En casa de Cecil Rizzo —continuó el locutor del boletín matinal de noticias locales—, la policía halló una carta de este, revelando que había sido traicionado por la propia Hermandad, y que antes de cargar con las culpas de otros e ir a la silla eléctrica, prefería morir. Cita también, en dicha carta, que todo el Consejo Supremo de la Hermandad creada en Bridgetown, ha sido muerto de un modo u otro, y todo por una traición de su jefe superior, el único personaje que permanece en el anónimo. La policía está practicando numerosas detenciones, y se cree que con el testimonio del prisionero Hendrick Mulder, actualmente hospitalizado, en espera de que confiese cuanto sabe, se pueda cerrar el caso, cazando incluso a ese jefe misterioso de la organización, que tal vez sea responsable de todos los delitos últimamente acaecidos en Bridgetown.

Después, el locutor todavía añadió otra noticia:

«—A última hora, nos enteramos de la dimisión del juez Herb Miller y del alcalde Corey Griffith; de todos sus cargos públicos en Bridgetown. Siguen practicándose detenciones para desarticular a la Hermandad criminal arraigada secretamente en nuestra ciudad.

—Limpieza completa —sonrió Walter Lipman, apurando su café y saliendo de nuevo a la calle soleada, cuya luz le hirió las retinas doloridas por el sueño y el cansancio—. O casi completa...

Luego echó a andar hacia el hospital del doctor Kellaway.

Quería estar presente en el último acto de la farsa. Y solo pedía que todo resultara según sus deseos...

O un personaje, de todo aquel siniestro tinglado de terror y de sangre, quedaría impune en la sombra.

Precisamente el más importante peón del juego: el jefe misterioso, el que aún quedaba con vida, en alguna parte de Bridgetown, asistiendo a la liquidación absoluta de su tenebrosa sociedad...

* * *

El policía dejó caer la cabeza sobre el pecho. Algo parecía adormecerle por momentos. Pensó vagamente en aquel café que le sirvieran al caer la tarde, antes de que un nuevo anochecer cayera sobre Bridgetown.

Recordó el agente que el café sabía muy amargo, pero lo atribuyó a su carencia de azúcar. Aun así, recordándolo ahora mejor, podía estar bien seguro de que el amargor era excesivo, incluso en tal caso...

Luego ya no recordó nada: Se había quedado profundamente dormido. En el largo, desierto y blanco corredor del hospital no se percibió un solo ruido, ni se vio a persona alguna durante un largo espacio de tiempo.

Sobre la puerta de la alcoba destinada a guardar al prisionero herido, a Hendrick Mulder, colgaba aún el mismo cartelito que aquella tarde situara el doctor Kellaway antes de retirarse:

“NO MOLESTEN - PROHIBIDA TODA VISITA”

Después de dormirse el policía situado allí por el capitán Rufus Malcolm, hubo una pausa, larga y silenciosa, que nada ni nadie turbó.

Lentamente, ocho o diez minutos después, una figura apareció, sigilosa, por el fondo del corredor. El blanco de una bata de personal sanitario se agitaba al caminar aquella persona. Un carrito, por delante, con medicamentos y utensilios para inyecciones, se movía por el corredor, hacia la puerta de Hendrick Mulder.

El personaje del pasillo detuvo el carrito ante el policía dormido, hecho un ovillo en su asiento junto a la puerta cerrada. Una sonrisa extraña curvó los labios del personaje. Las manos enguantadas de tenue goma azul clara se movieron, dejando el carrito y tomando una aguja y una jeringuilla hipodérmica. La preparó con celeridad.

Después se movió hacia la puerta, tras estudiar al dormido. La

risita breve, sibilante, escapó entre los labios del personaje que se movía por el hospital como un miembro de su cuerpo sanitario... sin serlo en absoluto.

Giró el pestillo de la puerta. Esta se abrió lentamente. No estaba asegurada con llave, como era lógico con un herido grave, que precisaba de posible asistencia urgente, por parte del que estuviera más cerca, en caso de una crisis momentánea.

La puerta cedió, por tanto. La figura del personaje de bata blanca y manos enguantadas entró en la estancia. Se subió sobre el rostro la mascarilla blanca, desinfectada, del personal sanitario habitual. Los ojos diabólicos, fijos en la figura que yacía bajo las sábanas, con solo la cabeza vuelta hacia la blanca pared, se entornaron con malévolo brillo. Cerró la puerta. Pero ahora, con llave desde dentro.

Los pasos, sobre el pavimento y la alfombra, no produjeron ruido. El intruso era elástico, hábil, cauteloso en sumo grado...

Los cabellos oscuros del hombre postrado, su figura encogida bajo las ropas, revelaba al herido. El cuadro clínico, a los pies de la cama esmaltada, no era muy optimista. La fiebre parecía ser muy alta en el último examen sufrido.

Sobre la mesilla, botellas, medicamentos y sedantes, se unían a estimulantes, jeringuilla y agujas de inyectar, sumergidas en alcohol.

Pero el visitante de blanco iba a usar su propia jeringuilla. El émbolo fue hacia atrás, dejando un espacio vacío entre aguja y final. Un vacío terrible, que no era tal, sino aire. Aire inyectado dentro de la jeringuilla.

Aire mortal, para las venas del herido que yacía inconsciente, indefenso ante el horrible atentado criminal.

Las manos enguantadas avanzaron, clavaron la aguja súbitamente en el brazo del herido, sobre la huella azul de una gruesa vena...

* * *

Sucedieron muchas cosas a la vez.

La primera, fue el salto brusco, violentísimo, del hombre acostado en el lecho, que para su estado febril y su herida grave, brincó como un tigre, soltando ropas y haciendo brincar la aguja

que apenas si había rozado su epidermis, sobre la vena que hubiera significado la muerte.

El hombre, emergiendo de entre las ropas, llevaba en su mano derecha una pistola automática que apuntó directamente a la persona del uniforme blanco y el trapo blanco al rostro.

Un grito alucinado del agresor sorprendido, cuya piel se tornó blanca bajo la máscara sanitaria, acogió la sorprendente metamorfosis.

—Cara a cara al fin —jadeó Walter Lipman, con el rostro tirante, endurecido—. Bien, señor jefe, ya hemos tirado la careta, ¿no es cierto? ¿O prefiere que le llame señora jefe?

La enfermera de blanco uniforme y rostro enmascarado corrió hacia la puerta, luchó desesperadamente por salir. Lipman brincó, sin soltar el arma. Le dio alcance, derribándola de un martillazo de su automática sobre la cara.

Ella cayó dando tumbos por la habitación, se quedó gimiendo en el suelo, con la mejilla cortada, sangrando por encima de la máscara blanca. Walter tiró de esa máscara con la propia pistola.

Se quedó mirando la faz lívida, jadeante, convulsa por el odio, la maldad y la desesperación.

—¡No es Hendrick! ¡No es Hendrick! —jadeó—. ¡Maldito, maldito Lipman! ¡Es usted!

—Sí, mi querida y dulce Norah Prentiss... —habló con voz velada el joven aventurero—. Soy yo, no tu víctima fácil e indefensa... Último acto del drama, ¿verdad? Norah Prentiss, jefe supremo de la Hermandad, ha caído en la trampa...

EPÍLOGO

—¡Norah Prentiss! ¡Norah Prentiss! ¡No puede ser!

—Ahí la tiene... —señaló a la falsa enfermera, sujeta por los policías, mientras se la llevaban, luchando furiosamente con su desesperada resistencia—. Pudo ser, Rufus. Norah Prentiss, la dulce novia de su sobrino Andy Spencer, la doliente hija de Ward Prentiss... La hermosa que se atrevió a desafiar públicamente a la Hermandad... Y ella misma era la cabeza suprema de la organización. Ella era el espíritu malévolo de toda esta historia alucinante, de sangre y de horrores.

—Es que... Es que no puedo entenderlo. Es absurdo, disparatado, Lipman... A no ser esto que ha sucedido, la forma en que le dio caza usted... ¡diría que está loco por completo al acusarla a ella!

—Sin embargo, no lo estoy. Usted lo sabe, capitán. Norah es culpable. Culpable de muchas cosas horribles.

—Pero, Walter... —el horror tenía en el rostro descolorido de Milly una nota particularmente patética—. Esa muchacha, cuyo propio padre cayó víctima de la Hermandad... ¿Es que ella es una parricida? Resulta brutal, espantoso...

—Es parricida, ciertamente. Pero existen factores especiales en su caso, Milly. Los que yo descubrí en la hemeroteca, hurgando en el pasado de los periódicos... Buscaba un dato, uno solo. El que justificase que Norah hubiera podido permitir que a su padre le mataran, aunque de ella no surgiera la orden directa.

—¿Y lo hallaste?

—Sí. Todo Bridgetown lo conocía, pero todos también lo olvidaron, porque realmente carecía de valor para ellos. Norah no era hija de Prentiss.

—¡Walter!

—No, no lo era. Era hija de la segunda esposa. Una mujer a la que Prentiss manejó a su antojo, enriqueciéndose de nuevo gracias a su fortuna personal, en tanto que su primera mujer le había arruinado por el juego. Prentiss explotó inicuaamente a la segunda

esposa, y ella murió de una dolencia cardíaca que, en gran parte, el propio Prentiss provocó con sus disgustos y su falta de afecto y de sinceridad hacia ella. Virtualmente, le robó fortuna, bienestar y salud. Él fue alguien de nuevo... y día dejó de serlo todo. Norah no lo ignoraba, aunque siempre calló y esperó su ocasión de revancha. No amó jamás al padrastro, ni había razón para ello. ¿No justifica eso muchas cosas que parecían horribles antes y que siguen siéndolo, pero no tanto?

—Sí, pero ¿ella mató a Andy?

—Ella mató a Andy Spencer, ciertamente. Su historia fue una farsa. Conducía ella. Desvió el coche en un punto del camino que conocía bien y donde esperaba uno de sus hombres. El mismo que luego fingiría la comedia de que iba a matar a Milly, pero a la que convenía dejar con vida con cualquier pretexto, como lo hubiera hecho, para permitir que hubiera un testigo del supuesto atentado doble, donde Spencer había muerto y ella aún vivía casual y milagrosamente.

—Andy, mi sobrino, fue asesinado por ella, de acuerdo, pero ¿por qué? —pidió Rufus, roncamente.

Milly Farrow presintió lo que iba a suceder. Miró a Walter. Este, a su vez, estudiaba al jefe de policía. Con algo parecido al pesar, a la contrariedad y el mal humor.

—Lo siento, Rufus. Esto no le gustará. Pero es la verdad. Como muchas veces ocurre, la verdad no es agradable.

El rostro de Malcolm se nubló. No le dejó continuar. Antes alzó una mano e indagó, quebrada la voz:

—Imagino lo que va a decirme... Andy... Andy era de la Hermandad, ¿no es cierto?

—Algo más que eso —suspiró Walter—. Andy... era el jefe.

—¡No!

El horror conmovió a Rufus Malcolm, cuyo rostro tomó el color del papel.

—Era el jefe... hasta que Norah tomó ese puesto a su favor. En realidad, Rufus, usted siempre creyó que cuando Andy dejó de ser un granuja, fue por la influencia beneficiosa de la dulce Norah. Ahora que sabemos que Norah no era dulce ni buena, ¿qué pudo hacerle cambiar? Simplemente, de un rufián vulgar se hizo un pillo muy especial. Un miembro de una naciente sociedad, creada por la

mente aguda de Norah, pero llevada a la práctica por el propio Andy. Él reclutó a los hombres capaces de sembrar el terror, de coaccionar, hacer chantaje y dominar. Primero, era un plan limitado. Luego, ante su éxito, creció y creció. Como el agua de la famosa pieza de Dukas, donde un aprendiz de brujo la hace crecer al conjuro de una magia que es superior a sus conocimientos, esa fuerza arrolladora les dominó. Enriquecieron con su vil cometido, pero la Hermandad se hizo demasiado grande y poderosa. Perdieron las riendas y cuando algunos elementos, asustados, quisieron emanciparse, huir, la organización los exterminó sin vacilaciones. La cosa también salió bien. Y eso despertó una idea en la mente de Andy: destruir a toda la secta. Los fondos de la misma, y la impunidad total en el futuro, ahora que no necesitaban ya delinquir, era para ellos dos. Pero ignoraba que Norah, con quien estaba asociado, en la que confiaba plenamente, tenía otras ideas.

»Ella resolvió que, matando a Andy, se quedaba con todo y podía casarse con el que más le gustara, puesto que Andy fue un capricho que ya no le satisfacía. Además, en el fondo despreciaba a Andy. Ella era el cerebro, no su... su «novio». Y empezó la «liquidación total», de acuerdo ambos en el juego. Hawks, otros como Hawks, e incluso su padrastro, al que veía hundido día a día. El infortunado Prentiss nunca sospechó de su hija. La creía, como todos, una muchacha triste y noble, no una víbora cruel, capaz de odiar hasta extremos inhumanos. Con razón o sin ella, Norah odiaba bestialmente. Cayó Prentiss, ante la indiferencia de su hija, que incluso aprobó el crimen, perpetrado por Andy Spencer. Sus propias ideas iban germinando ya. Todo lo que antes se mantuvo celosamente oculto, surge de repente, por extraña casualidad. Norah habla de la Hermandad, Andy también... Y la Hermandad empieza a cometer errores estúpidos, a dar pruebas de una candidez rayana con el atraso mental. Se entretienen sus hombres, sin cometer los eficaces crímenes que cometían... Andy y ella les han recomendado fingirse sanguinarios, pero solo para una campaña de terror. Ellos no pueden imaginar que sus jefes —anónimos para ellos, salvo para Cecil Rizzo, por ejemplo—, están enviándoles a una muerte segura. El que pensaba matar en el bosque a Milly, por ejemplo, la hubiera dejado con vida, aun sin estar yo presente. Para que atendiera a Norah y la farsa tuviera consistencia... y ella se

librase de un rasguño que ni siquiera era de un balazo, sino provocada por ella ingeniosamente. Luego, el ataque en el hotel. Otro *guignol* ingenuo, permitiendo a Milly gritar, dejándola suelta, tirando mal el cuchillo... Y ambos caen. Andy y Norah esperaban que fuese con más éxito, muriendo ambos. Para entonces, Andy había muerto ya, asesinado por Norah en la espesura, antes de fingirse ella misma herida, de acuerdo con su compinche, a quien explica que Andy es un traidor, y el otro la cree.

—¡Cielos, qué mentalidad retorcida y terrible! —musitó Milly, estremeciéndose.

—Lo fue en todo. Incluso en hablar tan altivamente en la fiesta para la elección de *Miss Michigan*. Así parecería que todo iba dirigido contra ella... y no provocado por ella. Norah era el último personaje al margen de toda sospecha. Y sin embargo, pensad bien. Dispuso la muerte de la señorita Marble, que por cierto aún no ha fallecido, y está declarando para completar el sumario. Y Cecil Rizzo, un miembro importante de la Hermandad, ignorando lo que Norah se trae entre manos, la visita en el hospital, cuando va a ver también a la señorita Marble. Norah le ha pedido un explosivo, con algún fin que ella falsea convincentemente, y Rizzo lo lleva consigo, bien oculto. Visita a la dama herida, pero le da el explosivo a Norah. Rizzo sabe que ella es del Consejo, aunque quizá ignora que ahora es el jefe absoluto. Y al oír la explosión, comprende que la policía, inmediatamente se dirigirá a él. Tiene pensado desaparecer, dejando una carta falsa, indicando que se ha suicidado. Es su idea, de acuerdo con Norah. Pero esta, por otro lado, ya tiene advertido a otro miembro de la desmembrada cuadrilla para que mate a Rizzo, fingiendo un suicidio. Así se hace. ¿Cree de otro modo que en el breve espacio de tiempo entre la explosión y la llegada de la policía a su casa iba Rizzo a matarse y escribir su confesión total? Eso carece de lógica e incluso de posibilidad material. Además, Rizzo hubiera delatado a sus superiores, Andy Spencer y Norah, de saber que se le engañaba y traicionaba. Un silencio, en ese caso, hubiera sido estúpido.

—Y sin embargo, mencionaba la «liquidación final» de la Hermandad —arguyó vivamente Rufus Malcolm.

—Sí, porque así se dispuso, para darle a todo una cohesión y verosimilitud que fueran convincentes incluso para un investigador

astuto. Confieso que lo lograron. Cuando nadie quedase con vida, excepto Norah Prentiss, que disfrutaría de una gran fortuna al salir del hospital, ¿quién pensaría jamás que su enorme capital no era todo de su padre, cuando en realidad ya Prentiss había perdido gran parte de ese dinero en los últimos tiempos, y no hubiera podido dejar tan gran fortuna a su hija? Eso solo ella lo sabría. Y Norah Prentiss seguiría siendo la muchacha dulce, delicada y sencilla, que todos conocían. La «chica diferente», digna *Miss Michigan*, incluso. La Hermandad, liquidados sus miembros principales, un tinglado muy útil a sus planes, totalmente desaparecido ya.

—Historia terminada —suspiró Milly Farrow.

—Terminada con su juego, al suplir a Hendrick Mulder en el hospital —comentó Malcolm—. Después de que ella hizo estallar el explosivo de Rizzo, lejos de donde pudiera causarle daño a ella. Norah supo que estaba libre de Rizzo, así como de la señorita Marble. Y al enterarse de que en el mismo hospital estaba Hendrick, el superviviente, le era fácil dar su último golpe de audacia: inyectar aire en las venas del herido. La muerte segura.

—Eso es. La muerte para Hendrick —rio Walter—. Solo que me encontré a mí. Norah obtuvo un uniforme, quizá sobornando o robando, no lo sabemos aún. Si fue con soborno, una enfermera del hospital no tardaría en morir «casualmente», cayendo por una escalera. Norah no dejaba nunca vivo a testigo perjudicial alguno.

—¡Dios mío, qué monstruo atroz! —susurró el policía—. Peor que ningún hombre...

—Una mujer malvada es siempre peor que el más perverso de los hombres —comentó Walter Lipman—. Pero todo su valor desaparecerá como humo cuando la conduzcan a la silla eléctrica.

—Usted siempre sospechó de ella, ¿no es cierto?

—Sí —asintió Walter—. Cuando Milly me contó que todos eran sospechosos... menos Norah Prentiss, en el acto pensé en llevarle la contraria, por pura diversión al principio. Y me asombró descubrir lo fácil que resultaba todo, excepto en lo relativo al dato que más alteraba las cosas y les daba un aire diferente y extraño: la muerte de Prentiss. Una hija, por perversa que sea, no llega a ese extremo. Pero ¿y si Prentiss no era su padre? Cabía la posibilidad material. Un comentario suyo, Malcolm, sobre las segundas nupcias de Ward Prentiss, me dieron la clave. Por eso leí los diarios en busca de los

ecos sociales con su enlace. Allí supe que al casarse Ward, ya su segunda esposa tenía una hija, a la que Prentiss dio sus apellidos.

—Caso resuelto —murmuró Milly, levantándose—. ¿Algo más, Walter?

—Sí... —él la miró enérgicamente—. Dos veces estuviste a punto de morir. Dos veces intervine en tu ayuda, salvándote de todo peligro. Eso prueba que el periodismo no carece de riesgos.

—¿Y qué, Walter? —musitó ella débilmente.

Lipman se irguió, solemne.

—Me vuelvo a Washington, Milly —dijo, con entereza—. Y solicitaré mi reingreso en la C. L A. Aún tengo la mente despejada y los músculos firmes para otras tareas.

—¡Walter!

—Volveré a viajar como agente especial, Milly. Incluso es posible que me case con una tailandesa, una egipcia o una brasileña. Todo es posible en mi oficio, Milly...

—¡No, Walter! Yo... Yo te amo...

—Lo sé. Me amas. Pero amas mucho más que la tinta de imprenta. Suerte, Milly. Ya nos veremos alguna vez.

Salió resueltamente de la estancia. Tras un momento de estupor, Milly corrió tras él, desesperadamente.

—¡Eh, Walter, espera! —gritó—. ¡Espera todavía, no te vayas! ¡Yo te quiero, te quiero de veras! ¡Dejaré el periodismo ahora mismo, si es preciso! ¡Me casaré contigo... pero no vuelvas al C.I.A.! ¡No, Walter! ¡Tienes razón, he comprobado que también puedo morir ejerciendo mi oficio... y lejos de ti! ¡Lo dejaré! ¡Lo dejaré absolutamente todo, te lo juro! ¡Te lo juro, Walter de mi alma!

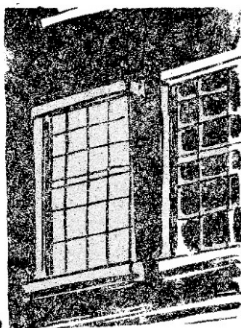
Su voz se perdió, escaleras abajo. Sonó luego en la calle. El capitán Rufus Malcolm se acercó a la ventana. Asomó a los cristales, escudriñando el exterior. Meneó la cabeza al ver que en el coche del hombre de Washington iban dos personas: Walter Lipman y Milly Farrow.

Sonrió, comentando para sí:

—Creo que Walter Lipman sabe portarse enérgicamente en muchas cosas... No sé por qué, tengo la impresión de que esa preciosa muchacha dejará definitivamente el periodismo y dentro de poco tiempo será únicamente la señora Lipman. Y no echará de menos la tinta de imprenta, estoy convencido...

Eso dijo Rufus Malcolm, capitán de policía del recién purificado
Bridgetown.
Y acertó.

FIN



EL HOMBRE QUE NO ERA NADIE

Keith Luger

La luz de la ventana seguía encendida, y él ya había agotado su segundo paquete de cigarrillos, vigilando.

¿Y ese era el trabajo de detective particular?

¿Para eso había gastado tres dólares en la licencia de una automática?

Jim Price lanzó un juramento, pero aún no se había acallado su voz cuando sonaron dos disparos. Fueron los suficientes para desencadenar una vorágine de incidentes, muchos más de los que hubiera deseado el detective novato, ansioso de fuertes emociones.

**Aparecerá la próxima semana en la
colección SEL. SERVICIO SECRETO**



Psicosis

¿CONOCE USTED

... las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABU-ZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros. Los científicos que trabajan para la guerra pueden provocar la hecatombe final.

Basta con que alguien oprima un botón en Washington o en Moscú.



MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

TESOROS OCULTOS



... la mano atrevida que las arranque de su escondrijo de siglos.

Son muchos (más de los que suponemos) los tesoros ocultos que cualquiera de nosotros puede encontrar estudiando antiguas leyendas o localizando los documentos reveladores.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?
Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



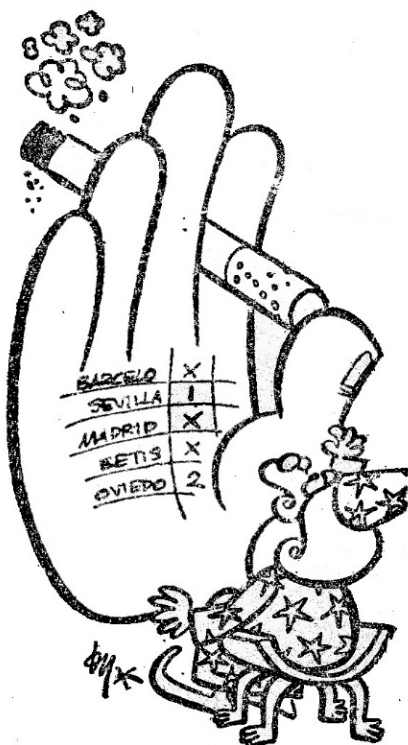
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



**MARABU
ZAS**





A woman with brown hair, wearing a dark green dress, is seated and holding a small glass of brandy. She is looking towards the camera with a slight smile. To her right, a hand in a dark suit sleeve holds a bottle of Osborne Veteran brandy. The bottle has a label that reads "GRANDY VIEJO VETERANO OSBORNE" and "Bodega Santa Maria". The background is a solid bright yellow.

**veterano
tiene eso
un veterano
sabor**

VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ESO ES COÑAC



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain

{1} **C. I. A. Agencia Internacional de Información de los Estados Unidos.**